



Cuentos y textos UNIMINUTO

Dirección: Jonathan Caicedo Girón

Adiós, mi amor

Andrea Guarín

Me llamo Julieta. Mi padre me puso este nombre porque le encantaba leer a William Shakespeare o, bueno, por lo menos es lo que me daba a entender cada vez que lo veía sentado en el portón de la finca, con un libro en la mano.


—Esto es Romeo y Julieta, de William Shakespeare, querida. Cuando crezcas un poco más lo entenderás —me decía esbozando una enorme sonrisa.

He crecido, ahora tengo 18 años y sigo sin entender, pues mi padre se fue un día y nunca me enseñó a leer.

Sabes bien que mi madre tampoco aprendió a leer ni a escribir. En la finca nos dedicamos únicamente a nuestros cultivos y a nuestras gallinas: teníamos una hectárea de plantación de cacao, un pedacito de tierra con palos de

aguacate y muchos arbolitos de naranja y limón alrededor de nuestra casa, sin olvidar, por supuesto, a nuestro gran manzano. Como nuestra finca quedaba al final de la colina, nos permitía ver la luna y las estrellas tan cerca, como si abrazaran nuestros sueños. Digo “quedaba” no porque la finca se haya ido de allí, sino que es un “quedaba” porque de ella solo quedan los recuerdos.

A veces oíamos la radio que traía aquel soldado, siempre furioso por beber cerveza o la limonada fría que mamá, corriendo, le ofrecía; pero nunca entendíamos mucho lo que se emitía en aquel radiecillo: parecían disparos, parecían gritos, parecían risas, parecían cantos, parecían a veces pisadas a través de las hojas y también parecían a veces voces de esperanza.



—Quédense tranquilas, que mientras yo tenga mi bebida bien fría, no les va a pasar nada —decía aquel hombre de botas y uniforme cada vez que mamá me escondía detrás de ella.

Un día, el soldado llegó como siempre furioso por su bebida fría.


—¡Subir esta colina es una mierda! ¡Tráiganme mi cerveza! —dijo él, entre agotado y afanado al mismo tiempo.

Pero ese día no estaba solo: muchos hombres vestidos igual, de botas y uniforme, venían detrás de él, ruidosos, a carcajadas, y portando grandes armas. Se veían poderosos, grandes y respetables entre comillas. Tú, que ese día en la mañana me llevaste un ramito de flores que robaste de la vecina, y con quien, con el último rocío de inocencia que nos quedaba, nos encontramos bajo aquel gran manzano, sin meditarlo siquiera quedaste embelesado, fascinado por aquel poder que percibías de esos hombres, tanto que no pudiste resistirte a seguir la orden de aquel soldado de portar una de sus grandes y terroríficas armas.

Esto en realidad es una carta, una carta para ti, que seguiste los mismos pasos de mi padre; una carta para ti, que con tiernos labios llenaste de besos mis días; una carta para ti, que, temblando de falsas ilusiones, te uniformaste y te fuiste, dejando huellas en la tierra de duras e inolvidables botas de cuero.

En este instante, estoy sentada a la luz de la última vela que queda en el pueblo, la del señor Genaro Cuellar, el viejo maestro de español de la escuelita a la que tú y yo nunca llegamos a asistir, quien muy amablemente me está escribiendo esta carta para ti. Nunca aprendí a leer, nunca aprendí a escribir, pero aprendí a amar, a amarte a ti, a pesar de todo, a pesar de tus decisiones, a pesar de que ayer apretaste ese gatillo para demostrar tu coraje y tu virilidad en el estómago de mi madre.

En tu cara solo veía satisfacción y en el rostro de los demás vi lo mismo; vi que definitivamente habían matado a cientos de madres del pueblo; hasta a la vecina a la que una vez le robaste un ramito de flores también le



arrebataste la vida. No sé por qué me dejaron viva a mí; supongo que he de agradecerte, pero no quiero, no quiero agradecer por tanta crueldad, por tanta soledad, ni a ti, ni a mi padre, ni a tus estúpidos amiguitos de botas y uniforme, que además terminaron por quemar nuestros cultivos y cocinar nuestras gallinas.

Ni siquiera sé si esta carta te encuentra. Ni siquiera sé si sabes leerla; nunca te pregunté si sabías leer y escribir, pero necesito sentir que te envió un mensaje de alguna u otra forma, necesito sentir que te hablé, ya que verte a los ojos me da terror y estar a tu lado me impide hablar del puro y físico miedo que ahora me produces.

Me llamo Julieta, y seguiré llamándome así, así no lo sepa escribir, así no lo sepa leer. Me iré de

aquí, me iré a la capital, me iré a Bogotá. Un camioncito nos está esperando en la carretera. Dijeron que no lleváramos mucho equipaje porque entonces no habría suficiente espacio, pero nadie llevará ni una bolsa; nadie tiene nada, ni siquiera esperanzas, y no nos podemos quedar, porque ya nada es nuestro, todo es de ustedes.

Si algún día me encuentras y me ves caminando al lado de un gran hombre, no te vayas a enfadar y a apretar de nuevo ese gatillo, pues ese hombre no será mi amante ni mucho menos un hombre al que yo le dé un amor a medias. A ese hombre le daré todo lo que ya no me queda, le daré mi vida entera, le daré todo el amor que no recibí, pues ese hombre es nuestro hijo, pero no le hablaré de ti.

Adiós, mi amor.



La página en blanco del 402

Juan José Triviño Velásquez


El tinto en el vaso de icopor ya estaba más frío que el *hpta*, pero Elena lo apretaba contra las manos como si fuera el único calor que iba a sentir en ese lunes de mierda. Los pasillos del colegio siempre olían a lo mismo a esa hora: a humedad vieja, a cera barata y a ese humo de las busetas que suben rugiendo por la principal. Subió las escaleras con el maletín pesándole como una cruz en el hombro, contando cada escalón hasta llegar al cuarto piso. El salón 402 ya la esperaba con sus ventanas remendadas con cinta y ese reloj de pared que parece que se queda quieto a propósito para amargarle a uno el turno.

Elena dejó sus corotos sobre el escritorio y se quedó mirando las carteleras. Estaban llenas de frases de superación, de «alcanza tus sueños», con colores bien chillones, un visaje que le parecía una burla frente al cielo gris que se colaba por los vidrios. Ella no era de las que vendía pajaritos en el aire. Su camello no era ofrecer cuentos de

hadas, sino darle a los pelados herramientas para que la calle no se los tragara vivos. Siempre decía que la educación no es un camino de rosas, sino una balsa remendada para no dejarse hundir en un río que baja con de todo.

—Bueno, abran los cuadernos y juiciosos —ordenó con esa voz que, aunque suave, cortó de una vez la recocha del grupo.

Sus ojos pasaron por las filas hasta que se detuvieron en el tercer puesto. Julián, que siempre era el primero en sacar la cartuchera, hoy estaba ahí como estirado, mirando para el techo. Tenía unas ojeras que le llegaban al piso y los nudillos pelados, como si hubiera estado dándose madera todo el fin de semana. Sus manos tapaban un papel doblado con un sello oficial, de esos que nunca traen nada bueno para la casa. El silencio del chino no era de pura flojera; era ese silencio de cuando uno ya siente que nació con la sal encima y que todo está perdido.



Elena se le arrimó despacio. Se sentía la tensión entre la urgencia de seguir con el tema y la pesadez que salía de ese rincón. Sabía que el manual de convivencia y el papeleo de la Secretaría le pedían avanzar, pero esa terquedad que le ha quedado después de tanto darle a la tiza la obligó a parar. Se sentó en la silla de al lado, para quedar a su misma altura.

—¿Qué pasó, Julián? ¿Hoy se le acabaron las palabras o qué, mijo? — le preguntó pasito, para que los otros no empezaran a montarla.

— Es que no le veo el sentido, profe —respondió Julián sin mirarla—. Mi hermano ya se fue pal hueco y a mi vieja le toca matarse doce horas en una cocina *pa'* no tener ni *pa'* los pasajes. Afuera las cosas no se arreglan rayando una hoja de cien pesos. El mundo real no es como los cuentos que usted nos trae aquí, profe. Aquí la vuelta es otro precio, no sea ilusa.

Elena miró el papel sellado sobre la mesa y luego los ojos apagados del muchacho. No le salió con el mismo discurso de las carteleras.

— Tiene toda la razón, mijo —le dijo con la verdad por delante y el pelado levantó la cabeza, extrañado de que no le echara la cantaleta de siempre—. El mundo afuera es una porquería y a veces es bien injusto con los de abajo. Pero si deja esa página en blanco, mijo, le está regalando el esfero a los demás para que ellos escriban su final. Y le aseguro que esa gente no le va a tener ni un poquito de lástima.

Julián apretó los labios y soltó un suspiro pesado. Se quedó mirando el cuaderno como si estuviera decidiendo entre la vida y la muerte. Al final, el chino tomó un esfero. No hubo gracias, ni sonrisas, solo el sonido seco del cuaderno al abrirse. Elena regresó al tablero, sintiendo un airecito de esperanza, creyendo que por fin le había ganado una batalla a la calle.

La clase siguió, pero Julián no escribía sobre la lección. Rayaba con desespero, con el ceño fruncido y los dientes apretados, como si estuviera sacándose un clavo del pecho. Elena lo miraba de reajo, respetando ese momento, pensando que tal vez la catarsis estaba funcionando. Al sonar

el timbre del descanso, Julián salió disparado, sin despedirse de nadie.

Al terminar la jornada, mientras Elena recogía sus cosas, el alma se le fue al piso. Vio que Julián no había vuelto del recreo, dejando el cuaderno botado en el puesto. Al acercarse, no encontró ninguna historia de superación; solo un «Gonorreas todos» rayado con tanta rabia que la hoja se había roto, y la citación judicial tirada en el suelo, pisoteada.

Al salir del salón, escuchó a lo lejos las sirenas de un carro de

policía bajando por la principal, justo hacia donde vivía el muchacho. Afuera empezó a llover con una furia que inundaba los andenes, y Elena vio cómo la balsa que ella tanto intentaba remendar se desbarataba entre sus manos. Bajó las escaleras en la oscuridad, sabiendo que mañana habría un puesto vacío y que, por más que escribiera, la calle ya le había ganado el pulso de la peor forma posible.

Fin.





Juegos en tierra de nadie

I

Sebastián León Monroy

A Julián le enseñaron primero a guardar silencio que a leer. Tenía diez años y vivía en una casa de madera levantada sobre pilotes torcidos, en una vereda escondida entre montañas húmedas donde la neblina bajaba temprano y parecía tragarse los caminos. Era la década de los noventa, pero eso era algo que allá no importaba mucho: el tiempo no se medía por años, sino por cosechas, por lluvias... y por los días en que nadie disparaba.

En la pequeña escuela rural había un radio viejo que a veces funcionaba. La profesora lo encendía para que los niños escucharan noticias de ciudades lejanas como Medellín o Bogotá. Hablaban de bombas, de narcotráfico, de carteles, de hombres poderosos que aparecían en televisión. Julián no entendía todo, pero sí algo: lo que pasaba allá también estaba pasando, de otra forma, en su vereda.

Allí, el sonido más común no era el canto de los pájaros, sino el

rugido de motos que llegaban sin luces, cortando la noche como sombras rápidas. Nadie salía cuando eso pasaba. Nadie preguntaba.

Su mamá decía que no mirara por la ventana cuando escuchara voces extrañas.

— No todo lo que uno ve se puede olvidar —le repetía.

Su papá, cuando todavía estaba, hablaba poco, pero cuando lo hacía, su voz era firme. Decía que todo iba a estar bien, que algún día se irían a un lugar donde Julián pudiera estudiar tranquilo. Pero un día dejó de estar. No hubo despedidas, ni cuerpo, ni explicación. Solo un silencio más pesado que los otros.

Desde entonces, la casa se volvió más pequeña, más oscura.

Julián entendía más de lo que los adultos creían. Sabía que los hombres armados no eran policías, aunque a veces usaban botas parecidas. Tampoco eran simples ladrones. Eran algo distinto, algo que

mandaba sin necesidad de uniforme. Aprendió a reconocerlos por la forma de hablar, por cómo miraban, por el miedo que dejaban detrás.

escaseaba y la presencia del Estado era apenas un rumor. En cambio, los hombres armados sí estaban: organizaban, imponían, castigaban.



También sabía que en los cultivos no todo era comida. Había parcelas escondidas, más arriba en la montaña, donde crecían plantas que nadie debía tocar. No eran como el maíz ni la yuca. Esas plantas tenían vigilancia, hombres con radios y un silencio distinto, más tenso.

Una tarde, mientras jugaba con una pelota vieja hecha de trapos amarrados, Julián vio algo que no olvidaría. Una camioneta blanca, polvorienta, llegó hasta el borde de la vereda. Varios hombres descargaban sacos grandes, pesados. No eran sacos de maíz. Oían fuerte, químico, extraño.

Una vez le preguntó a su mamá por qué esas plantas eran tan importantes. Ella dudó antes de responder:

Uno de los hombres lo vio. Tenía una sonrisa fácil, pero los ojos fríos.


— Porque la gente en las ciudades paga mucho por eso... y aquí se paga con la vida.

— ¿Y usted qué, chino? —le dijo—. ¿No ayuda?

En los años noventa, decían algunos adultos, esa era la única forma de sobrevivir. Los precios del café habían caído, el trabajo

Julián no respondió. Se quedó quieto. El hombre se acercó, sacó un billete arrugado y se lo puso en la mano.

— Para que se compre algo.



Julián quiso devolverlo, pero no pudo. Sintió que negarse era peligroso. Así que lo guardó en el bolsillo sin decir nada. Esa noche, cuando su mamá encontró el billete, el silencio de la casa se rompió.

— ¿De dónde sacó esto? —preguntó, con la voz quebrada.

Julián no supo qué decir. Solo bajó la mirada. Ella lo abrazó, pero no era un abrazo de consuelo, sino de miedo.

— Eso no es plata limpia —le dijo—. Eso cuesta vidas.

Esa frase se le quedó clavada. Pero al día siguiente no había qué comer. El arroz se había acabado, y el mercado más cercano quedaba a horas caminando. Su mamá miró el billete durante largo rato, como si se quemara. Al final, lo usó. Compraron arroz. Y comieron.

Julián entendió entonces algo que no se enseñaba en la escuela: en su mundo, el bien y el mal no siempre estaban separados. A veces, estaban mezclados en el mismo plato.

Con el tiempo, empezó a notar más cosas. Vecinos que se iban de un

día para otro. Otros que aparecían muertos río abajo. Casas vacías que nadie reclamaba. Conversaciones que se cortaban cuando él entraba. Nombres que no se podían decir en voz alta.

El conflicto no era una palabra grande para él. No era política, ni ideología, ni historia. Era el miedo constante de su mamá. Era la ausencia de su padre. Era aprender a agachar la cabeza cuando pasaba una moto. Era entender que había preguntas que no se hacían. Era crecer demasiado rápido.

En los años noventa, mientras en las ciudades hablaban de carteles y de guerras contra el narcotráfico, en lugares como su vereda la guerra no era noticia: era rutina. La droga no era un concepto lejano, sino el centro de todo. Era lo que traía a los hombres armados, lo que alejaba a los que querían vivir en paz, lo que rompía familias como la suya.

Y así, sin darse cuenta, Julián dejó de ser niño. No porque quisiera, sino porque en su mundo, la infancia era un lujo que nadie podía permitirse.



Cicatrices que no duermen

II

Sebastián León Monroy

Miguel había sido soldado durante quince años. Ingresó siendo apenas un muchacho, a finales de los años ochenta, cuando en el país la palabra “guerra” ya no era una metáfora, sino una rutina. Para cuando llegaron los noventa, ya había aprendido a caminar la selva sin hacer ruido, a distinguir entre un sonido natural y una emboscada, a dormir con un ojo abierto y el arma siempre cerca.

Había recorrido zonas donde el mapa era apenas una sugerencia. Había cruzado ríos turbios, marchado bajo lluvias interminables y visto caer compañeros en enfrentamientos que duraban segundos, pero dejaban marcas para toda la vida. En muchas de esas operaciones, el objetivo era el mismo: destruir cultivos ilícitos, dismantelar laboratorios escondidos entre la vegetación, perseguir a hombres que se confundían con la selva.

En esos años, escuchaba por radio noticias de lugares como Medellín y Cali, donde el narcotráfico parecía tener nombres propios y rostros conocidos. Pero en el terreno, la guerra era distinta: no había grandes jefes visibles, solo hombres armados, jóvenes reclutados, campesinos atrapados en medio.

Miguel siempre creyó que estaba haciendo lo correcto. Pensaba en su esposa y en su hijo cada vez que salía a una misión. Imaginaba que, de alguna manera, todo ese sacrificio servía para que ellos pudieran vivir en un país más tranquilo. Les escribía cartas cuando podía, aunque muchas nunca llegaron. En ellas prometía volver, prometía que todo valdría la pena.

Pero la guerra no avisa cuándo termina para uno. Cuando finalmente regresó, después de años de servicio, lo hizo con el cuerpo intacto, pero con algo más difícil de nombrar, quebrado por dentro. Traía

cicatrices que no se veían, recuerdos que no se apagaban. Y una esperanza: volver a casa.

Pero la casa ya no era la misma. La puerta estaba cerrada, las paredes descuidadas, el silencio instalado como un habitante más. Los vecinos lo miraban con una mezcla de respeto y lástima. Nadie le decía nada directamente. Hablaban en voz baja, evitaban sostenerle la mirada. Hasta que alguien, finalmente, le contó. Su hijo se había metido “en cosas malas”. Esa fue la frase. Ambigua. Suave. Insuficiente.

Miguel insistió, preguntó, exigió respuestas. Entonces supo más: que el muchacho había empezado trabajando como mensajero, que después comenzó a ganar dinero fácil, que cambió, que se volvió distante, que la droga no solo pasaba por sus manos... también empezó a consumirla. Y una noche, simplemente, no volvió. Nadie sabía si lo habían reclutado, si lo habían matado, si estaba perdido en alguna ciudad. Solo desapareció, como tantos otros en esos años.


Su esposa no soportó la incertidumbre. La angustia la fue consumiendo poco a poco.

Enfermedades que empezaron como dolores pequeños se convirtieron en algo más grave. Pero más que el cuerpo, fue la tristeza lo que la venció. Murió meses después, esperando noticias que nunca llegaron.

Miguel llegó tarde para todo. Para despedirse. Para evitarlo. Para



salvarlos. Sintió, por primera vez, que la guerra lo había seguido hasta su propia casa. Durante semanas, no salió. Se quedaba sentado, mirando las paredes, como si en ellas pudiera encontrar respuestas. Recordaba cada operación, cada misión. Los cultivos que había destruido. Los hombres que había capturado. Los enfrentamientos en los que había disparado sin dudar.



Siempre creyó que estaba protegiendo a su país. Pero ahora todo se mezclaba. ¿De qué había servido, si su propio hijo había terminado atrapado en lo mismo que él combatía?

El enemigo ya no tenía rostro. Ya no eran solo los grupos armados escondidos en la selva. Era algo más grande, más difuso. Era la pobreza que empujaba. El abandono del Estado en regiones enteras. Las decisiones desesperadas de quienes no tenían otra opción. Era el dinero fácil que seducía, la falta de oportunidades que cerraba caminos.

Miguel empezó a entender que el conflicto no terminaba en el campo de batalla. Seguía en las calles de ciudades como Bogotá, donde jóvenes como su hijo llegaban buscando algo mejor y encontraban lo contrario. Seguía en las casas vacías, en las madres que esperaban, en los padres que no regresaban a tiempo. La guerra también se libraba en silencio. Y esa era la más difícil de ganar.

Con el tiempo, Miguel dejó de hablar de honor y de patria. Ya no repetía los discursos que había aprendido en el ejército. Esas

palabras le parecían lejanas, ajenas. Ahora hablaba de pérdidas, de lo que no se recupera.

Se volvió un hombre silencioso. Caminaba por el pueblo sin rumbo claro, saludando con la cabeza, evitando conversaciones largas. Algunos lo veían como un héroe. Otros, como un recuerdo incómodo de una guerra que muchos preferían olvidar.

Pero él no podía olvidar. Cada noche, cuando cerraba los ojos, no veía enfrentamientos ni enemigos. No recordaba los disparos ni las órdenes. Veía a su hijo. Lo veía más pequeño, corriendo detrás de él, riendo, pidiéndole que no se fuera otra vez. Y luego lo veía mayor, distante, perdido en un camino que Miguel no supo detener.

Y en ese sueño repetido, su hijo siempre le hacía la misma pregunta:

— ¿Por qué no estuviste ahí?

Miguel nunca tenía una respuesta. Porque había sobrevivido a la selva, a la guerra, a la muerte... Pero no había logrado sobrevivir al recuerdo.



Cadáveres al servicio del crimen

III

Sebastián León Monroy


Andrés entró al ejército con orgullo. Tenía apenas dieciocho años cuando juró bandera, con la mirada firme y el pecho inflado de convicción. Había crecido escuchando historias de honor, de sacrificio, de hombres que defendían a su país incluso a costa de su vida. En los años noventa, cuando la guerra parecía estar en todas partes, él quería ser parte de la solución. Creía en la bandera. Creía en la justicia. Creía que estaba luchando por un país mejor.

En el entrenamiento le enseñaron a disparar, a obedecer, a no dudar. También le enseñaron algo más silencioso: a no cuestionar demasiado. En ese momento, no le pareció extraño. Pensaba que la disciplina era necesaria, que en la guerra no había espacio para las dudas. Durante sus primeras misiones, todo parecía claro. Avanzaban en grupos, siguiendo órdenes precisas, entrando en zonas donde la selva se cerraba como una

trampa. Allí, el enemigo tenía rostro: hombres armados, campamentos escondidos, cultivos ilegales. Era fácil dividir el mundo en dos partes. Ellos eran los buenos. Los otros, los malos.

En algunas noches, mientras montaba guardia, Andrés escuchaba historias de operaciones en regiones cercanas a Medellín o rutas que conectaban con Cali. Hablaban de toneladas de droga, de rutas internacionales, de dinero que parecía infinito. Él lo escuchaba como algo lejano, como una guerra paralela que no tocaba directamente su labor. Hasta que dejó de serlo.

Todo empezó a cambiar en una operación en la que perdieron a tres compañeros. Fue un enfrentamiento rápido, confuso, violento. Disparos cruzados, gritos, órdenes que se perdían entre el ruido. Cuando terminó, el silencio fue más pesado que la batalla.



Andrés vio los cuerpos de sus compañeros tendidos en el suelo, inmóviles, todavía con el uniforme manchado. Sintió rabia, tristeza, pero también una especie de resignación. Le habían enseñado que eso podía pasar. Que era parte del deber.

Lo que no entendió fue lo que vino después. Esa noche, algo en el ambiente se sentía distinto. No era solo el duelo. Había movimientos extraños, órdenes dadas en voz baja, miradas que evitaban encontrarse. Algunos superiores parecían más preocupados por otras cosas que por despedir a los caídos. Los cuerpos no fueron tratados con el respeto que Andrés esperaba. No hubo ceremonia. No hubo palabras. Solo prisa.


Una madrugada, mientras no podía dormir, Andrés salió de su posición. El campamento estaba en penumbra, iluminado apenas por linternas cubiertas. Caminó unos metros, siguiendo voces apagadas. Y entonces lo vio. Varios hombres rodeaban las bolsas donde estaban los cuerpos. No estaban rezando ni despidiéndose. Estaban abriéndolas. Al principio no entendió. Pensó que

era un procedimiento, algo técnico. Pero luego vio los paquetes. Pequeños, bien envueltos, compactos. Droga. Mucha droga.

Los estaban metiendo dentro de las bolsas destinadas a los cuerpos de sus compañeros muertos. Andrés se quedó paralizado. Sintió que el aire le faltaba. Dio un paso atrás, intentando no hacer ruido. Su mente buscaba explicaciones, excusas, algo que hiciera que lo que estaba viendo no fuera real. Pero lo era. No eran los enemigos quienes la transportaban. Eran ellos. El mismo sistema en el que había creído. El mismo uniforme que llevaba puesto.

Durante días, intentó convencerse de que había sido un error. Una decisión aislada. Algo excepcional en medio del caos de la guerra. Pero no lo era. Empezó a notar patrones. Conversaciones cortadas cuando él se acercaba. Rutas que no coincidían con los informes oficiales. Operaciones que parecían tener objetivos distintos a los que les decían.

Era una práctica. Una red. Un secreto que muchos conocían... y nadie denunciaba. La guerra,



entendió, no era solo contra el narcotráfico. También lo alimentaba.

Esa idea lo rompió por dentro. Cada vez que se miraba el uniforme, ya no sentía orgullo, sino una incomodidad creciente. Recordaba el día en que juró servir a su país, y sentía que esa promesa se había distorsionado en algo irreconocible. Ya no sabía de qué lado estaba. Ya no sabía si había un “lado correcto”.

El conflicto dejó de ser una lucha entre buenos y malos. Se convirtió en una maquinaria compleja, donde intereses ocultos se mezclaban con discursos de justicia, donde la vida humana podía valer menos que la mercancía que se movía en silencio.

Andrés empezó a aislarse. Hablaba menos, observaba más. Cada decisión se volvía un dilema. Cada orden, una duda. Pensó en denunciar. Imaginó acercarse a un superior, contar lo que había visto, exigir una explicación. Pero también vio las consecuencias. Recordó historias de soldados que “habían tenido problemas”, que habían sido trasladados, silenciados, olvidados. En algunos casos, algo peor.

El miedo empezó a acompañarlo. No el miedo al enemigo en la selva, sino a sus propios compañeros. A la estructura que lo rodeaba. A un sistema que parecía protegerse a sí mismo a cualquier costo.

Y entonces entendió lo más duro. Lo peor no era lo que había visto. Era saber que, si hablaba, podía desaparecer sin dejar rastro. Podía terminar convertido en otro cuerpo más, en otra bolsa cerrada... usada incluso después de muerto. Como aquellos a quienes decían honrar.

En las noches, Andrés ya no dormía. Se quedaba mirando la oscuridad, escuchando cada sonido del campamento, sintiendo que en cualquier momento alguien podría descubrir que él sabía demasiado. Había entrado al ejército creyendo en una causa. Pero ahora vivía atrapado en una verdad que no podía decir.

Y en ese silencio, comprendió que hay guerras que no se libran con armas... sino con la conciencia.



La clase nunca terminó

Deibis Yuliana Lugo Córdoba

— Hoy es el día —pensé. Me miré al espejo perfeccionando mi peinado; llevaba puesta una camisa blanca impecable y unos tacones de punta afilada, ya lista para salir. Antes de cruzar la puerta, revisé mis manos y tomé mi maletín para después aventurarme a mi primer día como maestra de la ETITC (Escuela Tecnológica Instituto Técnico Central).

Al llegar, sonó el timbre con una estridencia que me heló la sangre. A través de las ventanas, Bogotá respiraba una tensión eléctrica. Las noticias hablaban de bombas y toques de queda; el miedo era una niebla invisible que se colaba por las rendijas. Sin percatarme, ya estaba frente a mi salón asignado: salón 4B. Tomé el pomo de metal frío con la mano temblorosa, en ese momento me sentía de nuevo como la niña de doce años que buscaba refugio tras la figura imponente de su padre.

Tomé aire y entré. Cuarenta pares de ojos me recibieron,

cargados con el escepticismo propio de la adolescencia y la pesadumbre de la situación fuera de los muros. El salón olía a tiza, a madera vieja y a sudor encerrado de las mañanas frías. Mis tacones resonaron en el suelo del aula mientras caminaba hacia el escritorio. Dejé mi maletín en el asiento y saqué el ejemplar ya desgastado de *La vorágine* que había pertenecido a mi padre y lo puse sobre la mesa. El silencio era denso, desafiante.

— Buenos días —dije, con una voz más frágil de lo que hubiera deseado—. Me llamo Helena, soy su nueva profesora de Filología.

Nadie respondió. Un chico en la primera fila empezó a tamborilear nerviosamente con un lapicero sobre su pupitre. El ruido empezó a multiplicarse, un contagio de ansiedad. Sentí que el pánico me cerraba la garganta. ¿Qué hacía yo allí? ¿Cómo pretendía hablar de poesía y selvas devoradoras en un país que parecía estarse devorando a sí mismo en las noticias de la

televisión? La sombra de mi padre me pareció, de repente, una montaña imposible de escalar. Estuve a punto de dar media vuelta y salir corriendo.

Fue entonces cuando miré el libro. Estaba abierto por la primera página y, en el margen, con la caligrafía nítida y elegante de mi padre, había una anotación a lápiz que yo nunca había notado antes: «La literatura no es para escapar del mundo; es para armarse de valor y enfrentarlo».

El recuerdo me golpeó con la fuerza de un huracán. Ya no estaba en 1990. Era una mañana común de mis doce años; veía a mi papá alistarse para ir al colegio, era como presenciar los preparativos de un actor antes de salir a escena. El ritual comenzaba a las cinco y media de la mañana. Lo escuchaba desde mi cuarto: el roce de la navaja sobre su piel con la precisión de un cirujano, el sonido del agua hirviendo y, finalmente, el crujido del almidón. Se ponía sus camisas blancas, impecables, y elegía una de sus


corbatas delgadas. Pero lo más importante eran sus manos. Antes de salir, las revisaba: ni una mancha de tinta, ni una uña descuidada.

— Helena —me decía siempre mientras se ajustaba los anteojos de carey—, un maestro es un espejo. Si el espejo está sucio, los niños no podrán ver la belleza de lo que se les enseña.

Luego, salíamos al garaje. Allí descansaba su mayor orgullo, después de sus libros y de mí: un Renault 4 de color azul cielo. En esos años, ese carro era el símbolo del progreso, el «amigo fiel». Papá lo consentía más que a cualquier cosa. Lo pulía con una bayetilla hasta que el capó brillaba a tal punto que podía reflejarse frente a él. Juntos, subíamos y recorríamos las calles empedradas camino a la escuela.

A veces, cuando mis clases terminaban temprano, me escabullía hasta el salón donde él daba clases. Me quedaba quieta, pegada a la puerta, escuchando. Mi padre no





dictaba clases: él libraba batallas. Un día lo oí hablar sobre La vorágine. No leía fragmentos, los actuaba. Su voz se volvía profunda, frondosa como la selva, y los muchachos —muchos de ellos con los zapatos rotos y el hambre marcada en las ojeras— se quedaban en un silencio absoluto, hipnotizados.

Él no quería que memorizaran fechas de nacimiento. Él quería que entendieran que la literatura era la única forma de ser libres en un país que empezaba a doler por la violencia y las desigualdades. Una vez lo vi regalarle su propio ejemplar de Cien años de soledad a un joven que no tenía con qué comprar un cuaderno. «Llévalo —le dijo—, este libro vale más que cualquier nota. Léelo y cuéntame si encontraste a Macondo en tu propio barrio».

La tragedia llegó un miércoles de octubre, de esos en que la lluvia en Bogotá parece no tener fin. No fue una muerte poética, como las de sus libros. Fue un accidente absurdo en la carretera, un choque que apagó su voz de repente. El Renault 4, su adoración, quedó reducido a una

montaña de metal azul entre la niebla.

El impacto en el colegio fue algo que nunca podré olvidar. El día del entierro, el cielo estaba gris. Yo estaba allí, parada frente al féretro, sintiendo que el mundo se había quedado sin palabras porque el hombre que me las enseñó ya no estaba. De repente, vi aparecer una marea de uniformes grises con blanco. Cientos de estudiantes, desde los más rebeldes hasta los más tímidos, llegaron al cementerio. No había ruidos, solo un sollozo colectivo que pesaba más que la tierra.

Yo estaba quebrada. Sentía que ser la hija del profesor Juan era ahora una carga demasiado grande, un vacío que nada llenaría. Fue entonces cuando se me acercó un muchacho alto, de manos ásperas, uno de los que mi padre mencionaba como «un diamante en bruto». Me miró con una tristeza profunda pero serena y me dijo:

— No llores como quien pierde a un padre, Helena. Lloro como quien hereda una antorcha. Tu papá no se fue, nos dejó a cada uno de nosotros un incendio en la cabeza. Él me enseñó que, aunque no tengamos nada, somos dueños de nuestra historia. Ese es su legado.

Cuando ese chico me dijo esas palabras entendí lo que mi padre me había dicho un día en vida.

— Helena, mira allá —me dijo, señalando a un grupo de niños limpiando vidrios en el semáforo—. A veces me pregunto si lo que hago tiene sentido. Les enseño metáforas a muchachos que mañana podrían estar ahí, o peor, en medio de una guerra.

Yo, con mi lógica infantil, le respondí:

— Pero, papá, a ellos les gusta cómo lees. Se quedan quietos.

Él sonrió, una sonrisa triste pero llena de determinación. Acarició el volante de su carro adorado y me miró seriamente.


— No se trata de que se queden quietos, Helena. Se trata de darles una dignidad que nadie les puede quitar. Se trata de que, cuando miren la suciedad del mundo, sepan que dentro de ellos hay algo limpio y bello: el pensamiento. Ese es el verdadero motor, mucho más potente que el de este carrito azul.

Mi mente regresó al aula. El tamborileo de los lapiceros continuaba, pero el miedo se había evaporado, reemplazado por una certeza ardiente. Mi padre no me había dejado una carga: me había dejado una brújula.

Recogí el libro de la mesa. No busqué mi plan de clase. Me paré frente al grupo, asumiendo la postura que él me había enseñado sin saberlo: los hombros erguidos, la mirada directa, las manos dispuestas al gesto.

— Sé que afuera el mundo parece estarse rompiendo —les dije, y esta vez mi voz sonó firme, profunda, un eco exacto de la voz del profesor Juan—. Y sé que muchos de ustedes





se preguntan qué sentido tiene estar aquí encerrados.

El tamborileo cesó. El chico de la primera fila levantó la vista.

— Tiene todo el sentido — continué—. Porque mientras haya una bomba allá afuera intentando silenciarnos, aquí adentro vamos a hacer ruido con las palabras. Vamos a aprender a pensar para que nadie más piense por nosotros. Vamos a heredar la antorcha.

Abrí *La vorágine* y empecé a leer. La selva de José Eustasio Rivera empezó a invadir el salón de clases, tal como la selva de mi memoria se había fundido con el recuerdo de mi padre y su Renault 4 azul. Al terminar el primer párrafo, miré a la clase. El silencio ya no era desafiante; era un silencio de respeto, de inicio, de vida.

En ese momento, mi yo de doce años y mi yo actual se abrazaron. Supe, con alegría en los ojos, que yo no estaba empezando mi

carrera; estaba continuando la de él. La labor docente no había muerto con el accidente, simplemente había encontrado un nuevo par de manos para seguir puliendo el espejo.

He decidido ser docente no por nostalgia, sino por aquella frase que aquel estudiante me regaló en el funeral. Entendí que la muerte de mi padre solo fue el inicio de su multiplicación. Cada vez que entro al salón de clases y veo los rostros de mis alumnos —llenos de dudas, de sueños— siento que el Renault 4 azul sigue rodando por algún lugar de mi memoria.

Ser maestra ahora es mi forma de mantener viva la antorcha. Al igual que él, busco que mis estudiantes encuentren en las letras un refugio contra la realidad exterior. Hoy, al abrir el libro y ver el silencio expectante de mi clase, sonrío. Sé que mi padre está aquí, en el eco de mi voz, recordando que enseñar no es un trabajo, sino la forma más noble de desobedecer al olvido.



Dios y la hija del docente haciendo patria en la Colombia profunda

Carlos Daniel Riay Martínez

En el año 1989, un maravilloso 20 de septiembre, nació esta figura en una escuela, hecho particular, ya que su padre aún es un docente que lucha en pro de la educación y por amor a su patria.

Allí, en la escuela Camilo Torres, sede de la Institución Educativa Agustín Nieto Caballero, en la vereda La Libertad, municipio de Tame, Arauca; nació esta valiente mujer rodeada de libros, estudiantes y mucho amor de unos padres primerizos.

Su niñez transcurrió muy normal, muy feliz, rodeada de muchos seres queridos y animales de la finca. Realizó su primaria en la escuela donde nació; su maestro era su padre, quien le enseñaba a muchos niños de la vereda. Fue la época más feliz de su vida: la primaria, los compañeritos, los caballos, el burrito en el que cargaban la comida que vendían para el pueblo, ordeñando vacas,

domesticando becerros, cuidando sus perros. La vida fue color de rosa hasta sus 12 años, cuando tuvo que salir a estudiar el bachillerato en el pueblo y empacó en su maleta sus sueños e ilusiones de estudiar su bachillerato y luego la universidad para prepararse como una excelente veterinaria, ya que la movía el amor por los animales.

Esa fue una de las épocas más tristes y difíciles de su vida, en la que se evidenciaba que tenía poca resiliencia. Sufrió demasiado la estigmatización social por su condición de campesina; a ello se le sumó que muchos maestros le hicieron *bullying*, al igual que los estudiantes e incluso llegó a sufrir acoso sexual por parte de un docente. Pasaron tantas cosas que la devastaron, siendo tan solo una niña de 12 años, pero en medio de esta situación encontró algunos maestros que la valoraron, la apoyaron y, sobre todo, la escucharon y la entendieron, aunque en los últimos días ya ni hablaba; tan solo ellos

comprendieron todo lo que le pasaba y fueron esa tabla de salvación que la rescató en medio de ese mar de problemas. Es ahí cuando comprendió que ser maestro es una responsabilidad muy seria que puede contribuir a la vida de las personas o, simplemente, acabar con la vida de alguien.

Terminó graduándose del bachillerato a sus 19 años en la Institución Educativa Agustín Nieto Caballero, en la modalidad de sabatinos. Fue un largo proceso, pero, en fin, llegó a un feliz término.

Pasaron 5 años y, cuando ya tenía 24 años y un hijo de 4 meses, decidió prepararse para brindarle un futuro, siguiendo el instinto de su corazón, que era ser maestra, salvar vidas, así como salvaron la suya algunos maestros tan dulces que se presentaron en su camino.

Empezó a estudiar en la Normal María Inmaculada en Arauca,

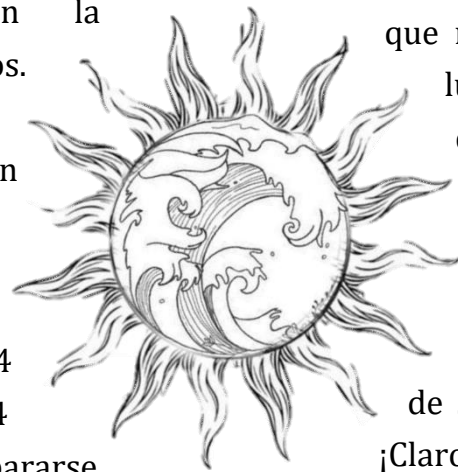
desplazándose desde su ciudad natal, y allí vivió un proceso también bastante complejo, ya que estudiaba de noche y de día trabajaba para sostenerse y sostener a su hijo de tan solo 4 meses. En ocasiones le

tocaba llevarlo a las clases cuando no conseguía quién se lo cuidara. En una ocasión, una docente le llamó la atención delante de todos los compañeros y le dijo que estaba en el lugar equivocado, que se fuera a criar ese muchachito, a ser madre de familia y nada más, que no debería estar en ese

lugar; y ahí fue cuando despertó más su determinación porque tenía un sueño y ese rechazo que recibió encendió más sus ganas de superarse. ¡Que si lloró! ¡Claro que sí! Su corazón se

rompió en mil pedazos, se sintió sola, porque en realidad estaba sola, y fue ahí cuando su resiliencia se empezó a forjar de hierro.

Estaban empezando a cursar el último semestre de la Normal cuando la coordinadora la escogió para ofrecerle trabajo y, por



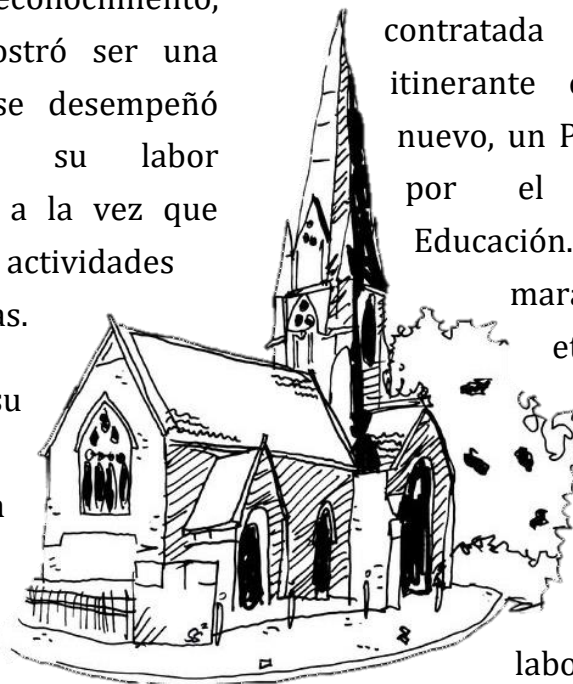
supuesto, aceptó, pero en ese último semestre quedó embarazada de su segundo hijo y, al final, terminó con honores. Los maestros que un día la recriminaron, el día del grado la felicitaron y le dieron mención de honor y un gran reconocimiento, debido a que demostró ser una madre ejemplar y se desempeñó excelentemente en su labor académica asignada, a la vez que cumplió con las actividades académicas propuestas.


Luego de su grado en la Normal, se dedicó a la maternidad por un año. Una vez que su hijo ya podía quedarse en casa con la niñera, empezó a trabajar como auxiliar pedagógica particular. Le trabajaba a su padre, maestro de maestros, en la sede La Amistad, escuela que pertenece al Agustín Nieto Caballero de Tame. Trabajó allí durante unos 4 años, tiempo en el cual culminó su Licenciatura en Pedagogía Infantil de forma semipresencial con la Universidad del Tolima. El 2022 fue un año duro, pero ya contaba con una resiliencia un poco más avanzada y

obtuvo su título en la ciudad de Yopal, Casanare.

Participó en el concurso docente del posconflicto; en esta ocasión logró aprobar el examen. Luego de un tiempo de espera, fue contratada como maestra itinerante en un programa nuevo, un Plan Piloto iniciado por el Ministerio de Educación. Esto fue algo maravilloso; fue la etapa más aventurera de su vida profesional, ya que la educación era casa a casa. Su labor como maestra era visitar a cada estudiante llevando toda la pedagogía por medio de las actividades rectoras: el juego, el arte, la literatura y la exploración del medio para afianzar los saberes previos que los niños ya poseían.

Ser maestra itinerante para la ruralidad y la ruralidad dispersa le permitió ampliar su concepto de la vida, de la pedagogía, de las comunidades y del entorno en el que estaba inmersa. A la par con esta





experiencia, empezó a estudiar la maestría en educación inclusiva e intercultural, la cual le venía perfectamente como una herramienta fundamental en la realización de su quehacer pedagógico, ya que brindaba un mundo de posibilidades para trabajar con las comunidades, logrando sacar adelante este Plan Piloto, destacándose como una maestra rural aguerrida y tenaz a la hora de lograr los objetivos pedagógicos planteados por el Ministerio de Educación. Fue tan grande el impacto pedagógico que viajaron a Bogotá a presentar informe de las actividades y los logros obtenidos en la comunidad; fueron homenajeados y galardonados como los valientes luchadores de la Colombia profunda. Estos procesos fueron acompañados por el doctor Roberto Melo, líder de primera infancia en Arauca, y la doctora Fernanda Barandica, de Bogotá, líder del plan piloto de maestras itinerantes de la ruralidad y la ruralidad dispersa.

Estaba trabajando para el Ministerio de Educación, pero era por contrato anual. Su alma seguía

inquieta en la persecución de sus sueños: ser una maestra rural de básica primaria. Fue entonces cuando volvió y se presentó al siguiente Concurso Docente y, por la misericordia de Dios, pasó; pero esta vez, llevada por los sentimientos, el agobio y la desilusión que a veces le causaba su familia, aplicó para Casanare, tratando de tomar distancia de su familia. Después de un largo proceso, llegó la audiencia y, por desconocimiento y pagando las novatadas, fue a parar a la Institución Educativa Carlos Lleras Restrepo, sede Villa Julia, en el municipio de Hato Corozal, departamento de Casanare, y tuvo que viajar muy lejos de su Tame natal, pero cumplió su sueño de estar nombrada en una escuela rural, y su familia empezó a valorarla; la extrañaron mucho y ella a ellos también.

Al llegar a la escuela de sus sueños, se encontró con un panorama muy diferente a lo que esperaba: encontró niños con extraedad escolar y niveles académicos muy bajos, lo cual la llevó a innovar en procesos de aprendizaje e incluso tuvieron que

aplicar la estrategia de desaprender para aprender de nuevo. Fue un reto para ella, sobre todo también por las condiciones en las que estaba la escuela, que no era más que un salón.

Con el tiempo, realizó gestiones, peticiones y trabajo con la comunidad, y lograron construir una cocina; también cuentan con el servicio de restaurante escolar PAE. Debido a que las casas están muy lejos unas de otras y, sobre todo, de la

escuela, tiene a los niños en cuidado temporal con el permiso de los padres y el apoyo de ellos; igualmente, esto quiere decir que los niños estudian por la mañana y por la tarde e incluso algunos fines de semana, ya que viven a más de 6 horas de camino y la gran mayoría son hijos de encargados de fincas o hatos, así que los padres no tienen tiempo para llevarlos y traerlos a la escuela.


La escuela está ubicada en la vereda Villa Julia, municipio de Hato Corozal, departamento de Casanare, habitada por personas amables, llaneros que hacen sentir como en familia.

Dependen económicamente de la ganadería. En la

vereda predomina la sabana y el monte; es una vereda llena de naturaleza, rica en flora y fauna. En algunas ocasiones, los chigüires llegan hasta la cancha de la escuela, así

como también es común el avistamiento de aves de la región en grandes cantidades: picures, lapas, osos palmeros, cachicamos. En más de una ocasión han sido perseguidos o atacados por marranos salvajes y, por las noches, los arrulla el rugido de los felinos dueños y amos del lugar, como los jaguares o tigres mariposa, los pumas, los tigrillos y los cunaguaros, y todo el concierto de aves en sus cantos nocturnos.





Con mucho esfuerzo culminó su Maestría en el año 2025. Se le dificultó un poco debido a la conectividad, ya que en la escuela donde laboraba no había luz. Por medio de muchas gestiones, tocó muchas puertas; fue rechazada en muchas ocasiones, pero al final, gracias a Dios y a la perseverancia, lograron obtener una planta solar para la escuela y también internet por parte del gobierno.

Empezó hace 3 años con 2 estudiantes, incluyendo a su hijo, y hoy en día, gracias al desempeño de la maestra, el apoyo de la comunidad en la creación de infraestructura y, sobre todo, a las garantías como el cuidado temporal —que incluye cuidar a los estudiantes 24 horas los 7 días de la semana, implementando doble jornada académica—, la escuela ha crecido. Les da desayuno y cena; el almuerzo lo prepara la señora Olga Infante, manipuladora contratada por el PAE, teniendo en cuenta que es la única vecina cercana, quien vive a 40 minutos caminando de la escuela.

Ha sido un reto estar trabajando en dicha institución, ya que se ha tenido que separar de su esposo y su hijo mayor. Tiene que

pasar por muchas travesías: en verano, en la moto; en invierno, se transporta por vía acuática en una falca o canoa. A menudo los viajes duran un día entero. Todo esto lo hace en compañía de Dios y de su hijo menor de 10 años. En dichos viajes se enfrentan a muchos peligros del terreno, principalmente de todas las fieras que habitan esta región, incluyendo que es una zona roja golpeada por el conflicto armado. Cuando viajan en invierno, tienen que cabalgar 3 horas desde el río sabana adentro hasta llegar a la escuela. No es fácil; hay noches en que le cuesta conciliar el sueño, piensa mucho en su familia, su hijo, su esposo, sus padres y hermanos, recuerda a sus abuelos. Le es difícil estar tan lejos, pero con la ayuda de Dios sigue haciendo patria en aquella Colombia profunda, en un acto de vocación, resistencia y creatividad pedagógica, llevando la batuta como líder y gestora comunitaria. En ocasiones ha tenido que ser enfermera, líder espiritual; una de las acciones que más le gusta es potenciar la riqueza cultural, siendo un puente entre el saber académico y los saberes netamente criollos de la región.



Donde nadie volvió a tocar la puerta

Rosa Alejandra Correa Albarracín

Camilo creció en un pueblo donde la vida se aprendía al instante, sin necesidad de libros ni maestros que lo explicaran. Allí uno sabía, desde que echaba a caminar, que mirar de más o preguntar sin cuidado podía costar muy caro o traer problemas. Cuando el viento traía el ruido de los disparos desde la loma o pasaban esas camionetas silenciosas con los vidrios bien oscuros, lo correcto era bajar la mirada y seguir el camino, fingiendo que uno no veía ni oía nada.

El pueblo estaba atravesado por una carretera vieja y destapada y un río ancho que parecía dividir el mundo en dos partes. Por fuera, el paisaje era de un verde intenso y se veía tranquilo, pero por dentro se sentía una cosa rara en el ambiente, como si el aire mismo estuviera cargado de susto. Era un miedo que no se iba ni durmiendo, se quedaba pegado en el cuerpo y en la mente, y costaba mucho quitarlo.

En su casa, la prudencia era la única ley que se cumplía siempre. Su mamá siempre tenía una maleta a medio armar en un rincón, escondida detrás de la ropa, lista por si había que huir antes de que saliera el sol. Guardaba allí lo indispensable: algo de ropa vieja, comida guardada y los papeles importantes envueltos en plástico para que no se mojaran. No era por ser miedosa, era pura necesidad para sobrevivir.

Su papá, hombre de pocas palabras y manos duras de tanto trabajar la tierra, solo hablaba cuando era de verdad necesario. Cuando la tarde se ponía fea y el tableteo de las armas se sentía cerca, solo les decía con voz seria: «Agáchate, mijo y no mire *pa'riba* ni haga ruido». Camilo comprendió rápido que ser valiente no estaba en gritar ni pelear, sino en saber quedarse quieto y callado esperando que pasara el peligro.

Desde muy niño se dio cuenta de que había verdades que era mejor

no descubrir del todo. La gente hablaba en voz muy baja, casi susurrando, como si las paredes tuvieran oídos y las sombras pudieran delatar lo que se decía. Todos sabían lo que pasaba realmente, pero nadie se atrevía a nombrarlo en voz alta porque las palabras también podían ser peligrosas y traer consecuencias malas.

Pero hubo una noche que se le grabó a fuego en la memoria y nunca se le borró. El ruido fue tan fuerte que parecía que la tierra misma temblaba. Se oían gritos que partían el silencio, órdenes feroces y carros pasando rápido con motores que rugían como bestias salvajes. Su papá le tapó la boca con la mano para que no hiciera ni un pío y se quedara bien quieto. Nadie pudo pegar ojo esa noche.

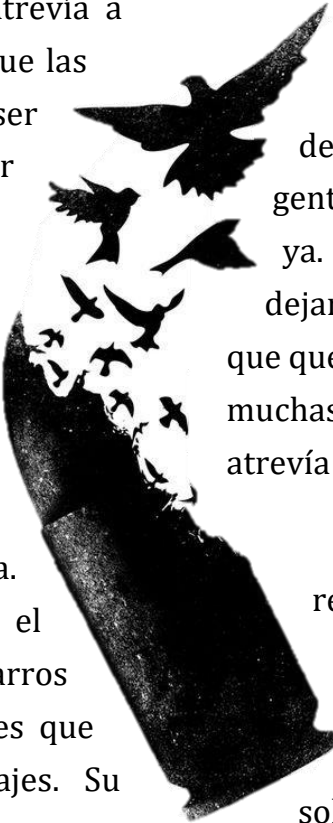
Al amanecer, la realidad los golpeó con crudeza y dolor. La tienda de don Álvaro amaneció toda dañada, llena de agujeros de bala y todo revuelto por dentro, como si hubiera pasado un vendaval o una


tormenta muy fuerte. El dueño no aparecía por ningún lado y nadie supo dar razón de él. Unos decían una cosa, otros decían otra, pero al final nadie preguntó más ni buscó respuestas porque daba miedo.

Fue ahí cuando Camilo empezó a entender de verdad que en ese lugar la gente desaparecía de la nada y ya. Se iban sin decir adiós, sin dejar rastro ni carta, y lo único que quedaba era un vacío inmenso y muchas preguntas que nadie se atrevía a hacer.

Luego llegaron los retenes, esos controles que convertían cualquier camino en una trampa. Un día que iban en el bus viejo, bajo un sol que partía la cabeza y quemaba la piel, los pararon y los hicieron bajar a todos. No eran policías ni nada oficial: traían armas y cara de pocos amigos. Separaron a los hombres de las mujeres como si estuvieran contando ganado.

Se llevaron a don Rojas, el señor que siempre viajaba vendiendo café y que conocían de toda la vida. Le dijeron que era solo





para «hablar» y hacer unas preguntas, pero todos en el fondo sabían que eso no tenía vuelta atrás y que no lo volverían a ver. Nadie dijo nada, nadie se quejó, porque era mejor no llamar la atención.

Con el tiempo, uno terminaba acostumbrándose a lo que no debería ser normal. Aprendías a ver cosas terribles y tragarte el llanto, seguir caminando con el peso en el pecho como si nada hubiera ocurrido. Era la única forma de seguir respirando y que no les pasara nada a uno también.

Una tarde, caminando cerca de la orilla del río, vio algo que le heló la sangre y que jamás olvidaría. Varios hombres vestidos de oscuro cavaban huecos grandes y profundos, bien alineados bajo el sol caliente. No sembraban nada, no construían ninguna casa ni cerca. Cuando lo vieron espiando, uno le apuntó con el arma y le gritó feo que se fuera y no mirara para ese lado.

No hizo falta que le explicaran nada: lo entendió todo de una. Aquel era el lugar donde la guerra enterraba sus secretos, la fosa donde iban a parar los que sobraban o los

que se equivocaban de bando. Esa imagen se le quedó clavada en la mente para siempre.

Ni siquiera en el colegio se podía uno refugiarse de la realidad. Un profesor intentó hablar de justicia y derechos y cosas bonitas, pero de pronto sonó un estallido muy cerca que hizo temblar los vidrios y todo el mundo se tiró al piso asustado. Después de eso, nadie volvió a tocar esos temas y mejor volvieron a las matemáticas. Las palabras bonitas no servían de nada cuando afuera llovía plomo.

Poco a poco los pupitres se fueron quedando solos y vacíos. Unos partían hacia la ciudad buscando seguridad y un futuro mejor; otros simplemente dejaban de ir y ya. Las listas se hacían cada vez más chicas y nadie preguntaba «¿dónde está?», porque la respuesta a veces era demasiado dolorosa o peligrosa de saber.

La cosa se puso más tensa cuando empezaron a aparecer los papeles pegados en las puertas y postes. Eran amenazas escritas que decían que tenían plazo para irse del pueblo, que quien no estuviera de

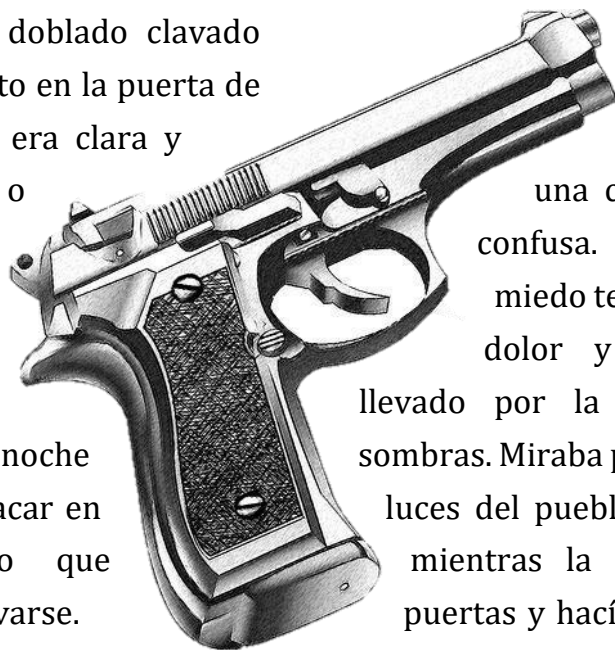
acuerdo que se fuera lejos y rápido. Que allí mandaban ellos y la ley la ponían ellos solos. En cada casa se vivía con el alma en vilo, hablando bajito y desconfiando de todo.

Una madrugada muy fría, dejaron un papel doblado clavado con un cuchillo justo en la puerta de su casa. La orden era clara y directa: salir o desaparecer. Su papá leyó el aviso y se puso pálido del susto que le entró de golpe. Esa noche empezaron a empacar en silencio lo poco que podían cargar y llevarse.

Pero ya era tarde. Llegaron ellos. Golpearon la puerta con mucha furia, gritando que abrieran o la tumbaban a patadas. Entraron sin pedir permiso, rompiendo todo lo que encontraban y alumbrando con linternas directo a los ojos. Buscaban a los hombres de la casa para llevárselos.

Su mamá lo abrazaba con desesperación, llorando y suplicando que era solo un niño, que no tenía nada que ver, pero allí no había


corazón ni piedad, solo frío y armas. Se llevaron a su papá primero, arrastrándolo por el suelo como si fuera un trapo viejo que no servía para nada, y luego se lo llevaron también a él.



Camilo recuerda ese momento como una cosa muy oscura y confusa. Solo recuerda el miedo terrible, los gritos de dolor y cómo caminaba llevado por la fuerza entre las sombras. Miraba para atrás y veía las luces del pueblo que se alejaban, mientras la gente cerraba las puertas y hacía como que no oía ni veía nada.

Pasaron muchísimos años, una eternidad casi, antes de que pudiera volver a pisar esas tierras que lo vieron nacer. Cuando regresó ya era un hombre hecho y derecho, con la piel curtida por el sol y el viento y el corazón lleno de recuerdos difíciles de borrar.

Caminó despacio por las calles y todo se veía igual por fuera: las mismas casas, el mismo polvo en el suelo, el mismo río corriendo con



agua fresca. Pero se sentía diferente, había un silencio muy pesado en el aire, como si la gente todavía tuviera miedo de respirar fuerte o hablar alto por si acaso volvía a pasar lo mismo.

Se paró en la orilla mirando correr el agua y entendió bien la lección que le había dejado la vida. Que la guerra no fue solo tiros y muertos y sangre derramada. Fue haber aprendido a vivir agachados y con miedo constante, fue tener que agachar la cabeza para sobrevivir y

acostumbrarse a ver que se llevaban a la gente y tener que seguir como si nada.

La puerta de su casa nunca volvió a abrirse como antes, con alegría y tranquilidad. Perdió su color y su brillo. Y desde aquella noche tan mala y tan triste, nadie volvió a tocarla, porque la marca que dejaron el dolor y el susto ahí se quedó para siempre, grabada en la madera y en la historia de todos los que vivieron para contarlo.




Los muros del aula 402

María Fernanda Castrillón Ruiz

El distinguido profesor Jorge Arreola no enseñaba Historia del Arte; él la padecía como una enfermedad crónica que se agudizaba los martes a las seis de la tarde. El aula 402 de la Facultad de Humanidades era un espacio de baldosas amarillentas que exhalaban un olor a papel viejo y a encierro, un lugar donde el tiempo no corría, sino que se estancaba en los rincones junto al polvo de la tiza. Ese martes, la luz del sol entraba por los ventanales altos con una palidez de hospital, cortando el salón entre franjas de luz y sombra que hacían que sus estudiantes parecieran figuras estáticas, remotas, carentes de volumen y dimensión. Arreola, con el saco de pana desgastado en los codos, la voz cansada y agrietada por décadas de monólogos, se detuvo frente al tablero mientras sentía que su rol como docente se había convertido en un rito vacío, una misa negra donde la vocación por su labor era un cadáver que él intentaba reanimar sin éxito ante una audiencia de sombras que apenas

parpadeaban tras el brillo de sus teléfonos.

En la primera fila, el puesto de Coronado —un joven de mirada inquisitiva que solía ser el único cable a tierra de Arreola— estaba inusualmente vacío. Sin embargo, sobre la madera rayada del pupitre descansaba un cuaderno de cuero negro, abierto de par en par. Arreola, impulsado por una curiosidad que rozaba lo invasivo, se acercó mientras seguía recitando de memoria fechas, tratados y autores antiguos. Al bajar la mirada al papel, las palabras se le atascaron en la garganta: no eran apuntes de clase. El cuaderno contenía una bitácora detallada de los últimos cinco minutos de vida del profesor Jorge, escrita con una caligrafía idéntica a la suya, que decía: «El doctor Arreola siente una punzada en el pulmón izquierdo, teme que el cáncer de su padre haya vuelto por él. Ahora, mira hacia la ventana y finge que reflexiona, pero en realidad cuenta los segundos para que den las seis».




El profesor retrocedió un paso, golpeando la mesa de madera. El estruendo no despertó a los estudiantes; ni uno solo se inmutó, ni levantó la cabeza, no hubo ni siquiera un murmullo. El silencio en el aula 402 se volvió sólido, una masa física que le oprimía los oídos. Desesperado por romper el trance, Arreola caminó hacia el ventanal para buscar el aire que corría por todo el campus. Al asomarse, el mundo exterior le proyectó una imagen que le heló la sangre. Abajo, en la plazoleta central, la multitud de estudiantes se movía en una coreografía perfecta y macabra: todos, absolutamente todos, vestían su mismo saco de pana, con el mismo desgaste en los codos, caminaban con su mismo encorvamiento, dando pasos de agotamiento y cargando el mismo maletín de cuero descosido. Era una ola de Jorge Arreola repitiéndose hasta el infinito, un ejército de clones pedagógicos marchando hacia una biblioteca que parecía tragárselos.

Preso del pánico, Arreola corrió hacia la puerta del salón, pero su mano no encontró el metal de la chapa. Donde debía estar la salida,

ahora solo había más pared, más tablero verde repleto de fechas, nombres y talleres que él mismo había escrito años atrás, lleno de capas de tiza acumuladas. El aula se había cerrado sobre sí misma. El espacio se distorsionó; las filas de asientos empezaron a crecer hacia el techo, convirtiéndose en una especie de anfiteatro vertical donde los estudiantes, ahora desprovistos de sus teléfonos, lo miraban con ojos que no eran más que cuencas llenas de grafito.

—Profesor —dijo una voz que brotaba de todas las gargantas al unísono, haciendo que Arreola se desplomara en su silla, ese lugar que siempre le había dado poder, ahora se sentía como un trono de espinas. Se miró las manos y notó que sus huellas dactilares se estaban borrando y estaban siendo sustituidas por finas líneas de texto impreso. La realidad del aula se desmoronaba: las paredes empezaron a pelarse y caerse como si de piel muerta se tratara, revelando que detrás no había ladrillos, sino estantes infinitos cargados de expedientes con su nombre. Cada año de su vida laboral



era un tomo, cada examen corregido, cada libro leído, todas y cada una de sus planeaciones de clase, su propia carne encuadernada.

En ese momento, la figura de Coronado apareció en el fondo del salón, pero no era el joven brillante de siempre: era un anciano, envuelto en una toga deshilachada, sosteniendo un espejo frente al rostro del profesor. Arreola no vio su reflejo; vio un aula vacía, un tablero limpio y una tiza que escribía sola un nombre que ya no recordaba.

—Usted siempre nos dijo que el saber es de lo que sobrevive el hombre —susurró el anciano—. Bien hecho, doctor, usted no es un hombre, es la institución.

El sol terminó de ocultarse, pero el aula 402 no quedó a oscuras. Una luz blanca, fría y artificial brotó de la piel de Arreola, quien ahora permanecía inmóvil, convertido en una columna de mármol y apuntes. Cuando el guardia nocturno pasó por el pasillo y miró por la pequeña ventana de la puerta, solo vio un salón impecable, con un cuaderno de cuero negro sobre el primer pupitre y una sombra extrañamente realista presidiendo la mesa del maestro. El guardia suspiró y siguió su camino recorriendo cada pasillo, sin notar que, al alejarse del salón, aquella sombra comenzaba a derramar una lágrima de tinta negra que al caer se fundió para siempre con la madera del escritorio.



El aula que no imaginé y el miedo que sí

Leidy Yolima Jiménez Arévalo

Durante la universidad, todo parecía más fácil de lo que realmente era. Ser docente se sentía como algo alcanzable, casi claro: aprender, prepararse, hacer las cosas bien... y luego enseñar. Así, tal cual, en ese orden, como si la realidad fuera tan siquiera a respetar ese mismo camino. Pero no todo era tan tranquilo como parecía. Había noches en las que Diana no pensaba en clases, ni en estudiantes, ni en libros. Pensaba en el futuro, en si realmente iba a conseguir trabajo, en las deudas que empezaban a aparecer, en su familia, en lo que esperaban de ella, en lo que ella misma se exigía en silencio. Y, entonces, sin avisar, llegaban esas voces, persistentes, incómodas y casi inevitables: «Usted no puede», «Usted no lo va a lograr», «¿Y si no consigues nada?». Intentaba ignorarlas; a veces lo lograba, otras veces no. Pero, aun así, seguía, porque había algo más fuerte que el miedo, aunque no siempre supiera nombrarlo.

Y entonces llegó el día del grado. Diana lo recuerda con una nitidez extraña, como si ese momento perteneciera a otra vida: la elección del vestido, las fotos con sus compañeros, las risas nerviosas, los abrazos largos de quienes habían compartido años enteros de esfuerzo. Su familia estaba ahí, orgullosa. Su mamá no dejaba de mirarla como si en ese momento todo hubiera valido la pena; su papá le apretó el hombro con fuerza, sin decir mucho, pero diciendo todo. Ese día, ser docente se sentía hermoso, posible, suficiente.

Pero la sensación duró poco, porque después del diploma vinieron las preguntas, y luego, la realidad. Diana entendió que no bastaba con haber terminado, que ahora tenía que enfrentarse a algo que ningún profesor en la universidad le había explicado del todo: el Concurso Nacional Docente, un proceso largo, incierto, lleno de filtros, exámenes y esperas, en el que no solo se jugaba su vocación, sino

también la posibilidad de un salario digno, de una estabilidad que no parecía tan segura como la había imaginado. Los nervios llegaron ahí, no en el grado, no en los aplausos, sino en ese momento silencioso en el que comprendió que empezar no era tan sencillo como parecía.


Y, aun así, siguió. Presentó las pruebas, esperó, dudó y un día, cuando ya no estaba segura de nada, llegó la llamada. Había pasado. La habían llamado. Esa noche casi no durmió; pensaba en todo lo que venía: su primer salón, sus estudiantes, su forma de enseñar. Volvió a sus apuntes, a sus cuadernos, a todo lo que había aprendido y empezó a imaginar. Se imaginó estudiantes atentos, interesados, levantando la mano; se imaginó explicando con seguridad, siendo escuchada, logrando que sus palabras tuvieran sentido. Planeó cada clase con cuidado, pensó en actividades, en dinámicas, en formas de hacer todo más cercano. Incluso, pensó en

pequeños detalles: frases en el tablero, decoraciones sencillas, maneras de hacer del aula un lugar distinto.

En medio de todo eso, algo cambió dentro de ella. Las deudas, por un momento, dejaron de pesar tanto; pasaron a un segundo plano. Pero su familia no; al contrario, la sentía más presente que nunca: en cada idea, en cada clase planeada, en cada intento por hacerlo bien. No como una presión, sino como una fuerza, como una emoción que la impulsaba a seguir, incluso cuando dudaba. Todo, en su mente, parecía posible, casi perfecto.

Hasta que llegó el primer día. Cuando Diana se paró frente al salón 603 sintió que el mundo le quedaba grande. El ruido la golpeó antes de poder decir una sola palabra; nadie la miró, nadie notó las frases que había escrito con dedicación en el tablero, nadie pareció interesado en





ese esfuerzo silencioso que ella había preparado durante días. Todo aquello que había imaginado no estaba ahí.

— Buenos días... —dijo, casi como una pregunta.

El saludo se perdió en el aire y en ese instante todo lo aprendido, todo lo planeado, todo lo soñado pareció quedarse corto.

Las primeras semanas fueron un intento constante por sostener algo que se deshacía entre sus manos. Planeaba cada clase con dedicación, explicaba con esfuerzo, insistía, pero el salón no respondía. Las hojas en blanco comenzaron a acumularse sobre su escritorio como una forma silenciosa de rechazo; los cuadernos incompletos, las miradas perdidas, los cuerpos ausentes, aunque estuvieran ahí, todo le decía lo mismo: no estaba logrando llegar.

Un día perdió el control.

— ¡Silencio! —gritó, golpeando el escritorio.

El salón quedó en pausa, no por respeto, sino por sorpresa.

— Si no quieren aprender, entonces díganlo.

Desde la última fila, Juan soltó una risa corta.

— ¿Aprender qué, profe? —dijo—. ¿Para qué sirve eso?

Algunos rieron. Diana sintió el golpe. No respondió; solo volvió al tablero, terminó la clase y salió antes de tiempo.

Esa tarde se quedó sola en el salón. Miró las sillas vacías, el tablero, las palabras que había escrito esa mañana con tanta ilusión, y sintió, por primera vez, que tal vez no era suficiente.

Al día siguiente intentó ser más estricta: impuso normas, exigió silencio, anotó nombres. Funcionó, pero el aula se volvió fría, correcta... pero sin vida.

Una mañana encontró a dos estudiantes peleando antes de empezar la clase. Los separó como pudo.

— ¡Esto no puede seguir así! —dijo, alterada.

Uno de ellos la miró fijamente.

— Profe, usted no entiende nada.

Esa frase se le quedó adentro. Esa noche no pudo dormir. Pensaba en todo: en lo que había aprendido, en lo que estaba pasando, en la distancia entre una cosa y la otra. Y entonces lo entendió: no era que la teoría estuviera mal, era que no era suficiente.

Al día siguiente llegó sin plan de clase.

— ¿Qué les pasa? — preguntó.

El salón la miró con desconfianza. No como estudiantes... como personas. El silencio fue largo, hasta que Sofía habló:

— Es que a veces uno no puede pensar en estudiar... porque tiene otras cosas en la cabeza.

— ¿Cómo cuáles? — preguntó Diana.

— Profe, problemas... en la casa... golpes... hambre... dinero... cosas.

Y entonces, todo empezó a aparecer: historias, cansancio, responsabilidades que nadie veía. Ese fue el primer quiebre.

Días después, Diana propuso escribir algo propio. No obligó, invitó. Juan fue el primero en levantar la mano.

— Profe... ¿si escribo algo feo, no se va a burlar?

— No — respondió—. Aquí nadie se burla.


Cuando leyó su texto, el aula cambió.

— Mi mamá dice que yo soy el hombre de la casa... pero yo no sé ser eso.

Su voz tembló. Nadie se rió, nadie interrumpió. El silencio, esta vez, estaba lleno.

Diana dejó de intentar cumplir únicamente con lo que debía enseñar para empezar a comprender a quién





estaba enseñando. A partir de ese momento, nada fue perfecto, pero sí fue real. Las clases comenzaron a construirse desde ellos: leían, escribían, hablaban, pero ahora había sentido. Había escucha. Había lugar.

Un viernes, al final de la jornada, encontró un papel sobre su escritorio. No tenía nombre:

«Profe, gracias por no rendirse con nosotros».

Diana sonrió, no porque todo estuviera resuelto, sino porque, por

primera vez, entendía de verdad lo que significaba ser docente.

Afuera, Bogotá seguía igual, pero adentro, en ese salón, algo había cambiado. Ya no se trataba solo de enseñar palabras, sino de reconocer que, antes de cualquier intento de enseñar, ya había historias esperando ser escuchadas.

Diana miró el aula una vez más, en silencio, y entonces lo entendió. No era el aula que había planeado, no era el aula que había soñado, pero era, sin duda, el aula que no imaginó y el miedo que sí.



El dolor de un recuerdo

Kevin Estiph Rivera Bohórquez

Oh, hermoso río, río del Cauca, cómo se ve bajar esa corriente con fuerza, cargada de sangre; sangre que se borra con el agua al momento en que se van los recuerdos de esa espantosa guerra que se ha vivido durante muchos años en esta región. Región donde hemos sido felices con mi familia, porque son nuestras raíces, las cuales han estado por décadas en este lugar.

«No olvides de dónde eres, hijo», palabras de papá José que retumban en mi memoria, sobre todo desde aquel día tenebroso en que no supimos más de él. Yo tenía cinco años, un día normal en que papá salía a trabajar para traer el sustento a nuestro hogar.


Recuerdo que ese día yo jugaba fútbol descalzo con mis amigos y hermanos cuando, de repente, escuchamos una balacera. Todo se volvió angustia y confusión en unos segundos. Mamá Rosa, angustiada, nos agarró con mis hermanos y nos metió a la casa, haciéndonos esconder debajo de la

cama mientras los disparos rompían el silencio de nuestro campo sagrado.

Desde ese escondite, al ver a mi mamá angustiada, llorando y orando para que estuviéramos a salvo y para que papá José regresara sano y salvo, en mi cabeza de niño se empieza a formar una pregunta que hoy en día aún no logro responder: ¿por qué pasa esto en el lugar de felicidad donde solo se respira aire puro?

Duramos horas, horas frías y eternas debajo de la cama, juntos con mis hermanos y mi mamá, esperando a que esa pesadilla terminara pronto, pero, lo más importante, esperando escuchar la voz de papá José volviendo a casa y sentir esa felicidad de que estuviera sano y salvo con nosotros.

Llegó la noche. Una noche silenciosa, triste, en que mis hermanos, mamá Rosa y yo no decíamos ni una sola palabra del miedo de todo lo que estaba



pasando. Mi mente solo repetía cada anécdota o historia de nuestra tierra, ya fuera del río, de los cultivos y de otras cosas que siempre contaba mi papá, donde todo lo relacionaba con el amor que él sentía por su tierra y lograba transmitir con sus palabras ese lugar hermoso donde vivíamos y donde nuestra familia creció de generación en generación.

Han pasado más de veinte años desde ese día, y esas historias nunca se me han olvidado. Aún sigo esperando a que papá regrese; sus historias viven en mí, hacen que este lugar siga siendo seguro, porque, sin

importar qué tan peligroso pueda ser, para mí es seguro, porque amo donde vivo y sigo vivo gracias a este lugar. Cada mañana despierto y huelo a esa tierra húmeda donde se cultiva y crece el amor que le tenemos al campo, donde, por más que sea olvidada por el gobierno y por el resto del país y señalada por ser una zona de peligro por presencia de fuerzas armadas, a nosotros no nos importa seguir aquí, porque este es el lugar donde vivimos felices, el lugar de nuestros antepasados que cada día cultivamos para que no quede en el olvido.



El legado de Alejandro

María Fernanda Ramírez Rodríguez

En el año 2630, El Gran Distrito estaba lejos de parecer un lugar del futuro. No había avances ni brillo, solo ruinas. Las calles, agrietadas y cubiertas de polvo, mostraban las huellas de una guerra que lo había consumido todo. Las casas, a medio caer, se sostenían como podían, y el hambre era tan común como el miedo.

Pero aquella guerra no había comenzado de un día para otro.

Con el paso de los años, el costo de vida había aumentado hasta volverse imposible para la mayoría. Las oportunidades eran escasas y todo lo valioso, como el alimento, el agua o la tecnología, quedaba en manos de unos pocos: los altos mandos. Mientras ellos acumulaban, el pueblo sobrevivía con sobras... o simplemente no sobrevivía.

El abandono se convirtió en rabia y la rabia en conflicto.

Así comenzaron las disputas entre territorios. Ya no se luchaba por poder ni por ideales, sino por lo

único que garantizaba la vida: la tierra fértil y el alimento. Los enfrentamientos no buscaban prisioneros ni acuerdos. Buscaban arrasar, tomar y quedarse con lo poco que aún podía producir.

En medio de ese colapso, surgió lo que se hacía llamar la República Central. Prometía reconstrucción y equidad, pero terminó convirtiéndose en un sistema de control absoluto. Los altos mandos administraban los recursos, decidían quién recibía alimento y quién no, y justificaban cada decisión en nombre de la estabilidad. El pueblo, debilitado por la guerra, no tuvo cómo oponerse.

Con el paso del tiempo, la República Central reorganizó los territorios bajo su dominio. Las antiguas ciudades perdieron sus nombres y su historia, reducidas a simples zonas administrativas. Ya no eran lugares con identidad, sino piezas dentro de un sistema que priorizaba el control.

Fue así como uno de esos territorios pasó a ser conocido oficialmente como Distrito 7, aunque entre sus habitantes, con los años, comenzó a llamarse El Gran Distrito. El nombre no surgió por grandeza, sino por ironía. Era “gran” no por su riqueza, sino por la magnitud de su abandono, por la cantidad de personas que sobrevivían en condiciones extremas y por la extensión del olvido en el que había quedado.

Con el tiempo, las leyes se endurecieron. El robo de alimentos fue declarado como uno de los delitos más graves. No porque fuera el peor crimen, sino porque amenazaba el control del sistema. La República entendía que, si uno robaba y sobrevivía, otros lo intentarían. Y el miedo era más útil que la justicia.

Por eso, los castigos dejaron de ser proporcionales. Se volvieron ejemplares. No buscaban corregir, sino advertir. En ese mundo,

sobrevivía quien podía... y casi siempre, el más fuerte.


Alejandro y Diego crecían en medio de ese paisaje. Eran hermanos de la misma madre, pero de padres distintos, dos ausencias que nunca lograron comprender del todo. Diego era impulsivo, pero también el más esperanzado. A pesar de todo, creía que las cosas podían cambiar.

Hablaba más, confiaba más y muchas veces era quien insistía en seguir adelante cuando todo parecía perdido. Alejandro, en cambio, era más callado y observador. Había aprendido a desconfiar del mundo. Pensaba antes de actuar y entendía que sobrevivir implicaba tomar decisiones difíciles. Sin embargo, su lealtad hacia su hermano y su madre era inquebrantable.

A pesar de sus diferencias, se complementaban. Diego era la esperanza. Alejandro, la resistencia.

Vivían con su madre, aferrados a lo poco que les quedaba.





Era una mujer marcada por el cansancio, con el rostro endurecido por los años y la guerra, pero con una mirada que aún conservaba ternura. Sus manos, ásperas y desgastadas, hablaban de todo lo que había tenido que hacer para mantenerlos con vida. No era una mujer de muchas palabras, pero en sus silencios había cuidado. Siempre encontraba la forma de darles algo, aunque eso significara quedarse sin nada para ella. Para Alejandro, era fortaleza. Para Diego, era refugio. Pero en El Gran Distrito, incluso el amor podía ser castigado.

Una tarde, su madre no regresó a casa. La encontraron en la plaza central, rodeada de soldados y miradas indiferentes. Había intentado robar un trozo de pan.

No era la primera vez que pasaban días sin comer. Esa semana, el racionamiento había sido reducido una vez más y lo poco que llegaba apenas alcanzaba para quienes servían a los altos mandos. Ella ya había intentado todo: intercambiar objetos, pedir ayuda, incluso dejar de comer para alimentar a sus hijos. Pero esa vez no quedaba nada. No

robó por ambición. Robó porque sus hijos llevaban días sin comer.

La condena fue inmediata.

Alejandro y Diego no alcanzaron a despedirse. Solo entendieron que, si se quedaban, correrían la misma suerte. Esa misma noche huyeron.

El viaje los llevó hacia un desierto interminable. Durante días caminaron sin rumbo, sobreviviendo con casi nada. Pero el cuerpo tiene límites. Diego fue el primero en caer. Alejandro lo sostuvo hasta el final. Cuando comprendió que ya no respiraba, el mundo volvió a quebrarse.

El hambre regresó, más cruel que nunca. Alejandro se arrodilló junto a su hermano.

— Perdóname...

Apoyó su frente contra él.

— No va a ser en vano... Te lo prometo. Voy a vivir... y voy a buscar un mundo donde nadie tenga que hacer esto para sobrevivir. Un mundo con justicia... con equidad.

Y, con el corazón roto, hizo lo necesario para sobrevivir. Mientras se alimentaba del cuerpo de su hermano, se prometió a sí mismo que aquello no sería en vano.

Desde entonces, caminó por ambos. Cuando el desierto terminó, Alejandro ya no era el mismo. Había perdido todo, pero había ganado un propósito. Con el tiempo, otros se unieron a él. Así nació la Resistencia

de Ceniza. No era un ejército, ni una organización formal. Era un grupo de personas que había decidido dejar de sobrevivir en silencio. Se movían entre territorios, rescatando a quienes habían sido abandonados, compartiendo alimento y protegiendo a los más vulnerables. En ocasiones, interceptaban los cargamentos destinados a los altos mandos y los redistribuían entre el pueblo. No lo hacían por rebeldía, sino por necesidad. Para ellos, el alimento no era un privilegio, sino un derecho.

También creaban pequeños espacios seguros donde la gente

podía reunirse sin miedo, donde por un momento la ley de la fuerza dejaba de imponerse. No buscaban el enfrentamiento, pero tampoco lo evitaban cuando era inevitable. Su lucha no era por poder. Era por dignidad.

Pero el sistema respondió. La persecución comenzó. Algunos lo protegían como líder, otros lo traicionaban por miedo. Y con cada huida, quedaban muertos atrás. Alejandro decidió dejar de huir.

La batalla fue breve, pero suficiente. El poder lo capturó. Lo llevaron a la horca. Antes de morir, dijo:

— Yo vi morir a mi madre por un trozo de pan.

— Vi a mi hermano caer... porque este mundo decidió que no merecía vivir. (Pausa) — Y aun así... estoy aquí. No para pedirles que resistan. Sino para que dejen de aceptar esto como normal. (Levanta la voz)

— ¡El hambre no es ley!

— ¡La injusticia no es destino!



— ¡Y ustedes no nacieron para vivir arrodillados! (Mira al pueblo, más firme) —Pero también les digo algo... No solo son culpables quienes oprimen. También lo son quienes miran... y no hacen nada.

— Quienes bajan la cabeza.

— Quienes aceptan.

— Quienes prefieren sobrevivir en silencio mientras otros mueren. (Con fuerza) —A ellos también los condeno. (Silencio breve) Porque un mundo injusto no se sostiene solo por los poderosos... sino por el miedo de los que nunca se atreven a cambiarlo. (Más intenso)

— Si tienen miedo... háganlo con miedo. Pero háganlo. No por mí. Por ustedes. Por los que ya no están. (Pausa final)

— No peleen por venganza...peleen para que nadie más tenga que vivir esto. (Últimas palabras, firmes)

— Que la dignidad sea más fuerte que el miedo. Y esta vez... háganlo valer.

Ese día murió. Pero no terminó nada.

La Resistencia de Ceniza creció. Se volvió imparable. Dejó de ser solo un grupo disperso y se convirtió en una red organizada. Ya no actuaban únicamente por impulso, sino con estrategia. Aprendieron a moverse sin ser vistos, a comunicarse entre territorios y a coordinar acciones sin exponerse innecesariamente. No buscaban enfrentamientos directos, sino debilitar poco a poco el control de la República Central. Se infiltraban en los sistemas de control y alteraban los registros de racionamiento para que más personas pudieran acceder al alimento, rompían rutas de abastecimiento hacia los altos mandos y protegían zonas donde la gente comenzaba a organizarse por sí misma.

Pero lo más importante no fue la fuerza. Fue la idea.

Cada acto de justicia, cada alimento compartido, cada vida protegida, comenzó a cambiar la forma en que las personas veían el mundo. Lo que antes parecía imposible —ayudarse, resistir juntos, desafiar el sistema— empezó

a convertirse en una realidad. El miedo no desapareció, pero dejó de ser suficiente para controlar a todos.

Poco a poco, más territorios dejaron de obedecer. Algunos soldados comenzaron a desertar. Incluso dentro del sistema, hubo

quienes dejaron de sostenerlo.

La República Central, que durante años había gobernado mediante el miedo, comenzó a resquebrajarse

desde adentro. Y cuando finalmente cayó, no fue por una sola batalla... sino por la suma de pequeñas resistencias que, con el tiempo, se volvieron imposibles de contener.

No crearon un mundo perfecto, sino uno más justo.

Cuando la República Central cayó, no todo se resolvió de inmediato. El hambre no desapareció de un día para otro, ni las heridas dejaron de doler. Durante un tiempo, el silencio fue extraño. La gente ya no obedecía por miedo... pero tampoco sabía del todo qué hacer con su

libertad. Habían pasado años sobreviviendo, no viviendo.

Fue entonces cuando algo empezó a cambiar. No desde la fuerza, sino desde la necesidad de entender.




En los primeros refugios que antes servían para esconderse,

comenzaron a reunirse grupos pequeños. Al principio, solo compartían historias:

cómo habían

sobrevivido, a quiénes habían

perdido, qué habían visto. Era una forma de no olvidar. Pero poco a poco, esas reuniones se transformaron. Alguien enseñó a otro a leer con restos de carteles viejos. Otro empezó a escribir nombres, fechas, recuerdos... para que no se borraran. Algunos niños, que nunca habían conocido otra cosa que no fuera el miedo, comenzaron a hacer preguntas. Y por primera vez, hubo quienes se detuvieron a responderlas.



Entonces lo entendieron. La República no solo los había controlado con hambre, sino también con ignorancia. Les había quitado algo más que recursos: les había arrebatado la capacidad de cuestionar, de imaginar algo distinto, de pensar por sí mismos. Y sin eso... el control siempre encontraba la forma de volver.

Por eso, decidieron que esta vez sería diferente. No bastaba con repartir alimento, no bastaba con haber resistido. Había que enseñar. No como antes, no como un privilegio de unos pocos, sino como una forma de proteger lo que habían logrado. Porque un pueblo que entiende, que pregunta, que

recuerda... es mucho más difícil de someter.

Así, entre ruinas y reconstrucción, nacieron los primeros espacios de aprendizaje. No tenían paredes firmes ni libros suficientes, pero tenían algo más importante: la decisión de no repetir el pasado.

En la Nueva Alejandría, aprender dejó de ser un lujo y se convirtió en una forma de resistencia.

Sobre las ruinas del pasado, nació una nueva ciudad: La Nueva Alejandría. No como homenaje a un hombre... sino como el legado de una promesa.



El nombre de mi hijo

Dana Julieth Aros Zapata

El 17 de abril del 2008 me quitaron a mi hijo. Nadie me preguntó después cómo se sentía la soledad, la incertidumbre, la venganza. Pero yo lo siento tan clavado en mi pecho que, a pesar del tiempo que ha pasado, no puedo olvidar el dolor.

Mi marido, Alberto, me dijo que podía soportar todo lo que me pasara en la vida solo teniendo esperanza. Y me aferré al recuerdo de mi niño en mis brazos, de sus primeras palabras, del latido de su corazón cuando comenzaba a llorar, de todo lo que podía quedarme de él. Aun así, no fue suficiente. Nada lo es.

Juan Esteban ya no está. Ya no lo veo caminando por la casa, hablando, pasando el rato con sus amigos, riendo por todo y por nada. Mi hijo, el que salió de mis entrañas, puede que ahora esté muerto. Mientras me siento en el comedor a tomarme un tinto, pienso en él. Cuando era niño, cuando era adolescente, cuando me lo quitaron.

Recuerdo que aquel día hacía un frío congelante, como suele pasar en Bogotá. Juan había salido esa mañana con mucho afán, hablando emocionado sobre una entrevista de trabajo que había conseguido, algo que iba a cambiar nuestras vidas. Pero cuando me dijo eso, juro por Dios que sentí un terror tan profundo que subía por mis venas y me daba escalofríos. Todavía lo siento al recordarlo. Quise gritarle a Juan que no se fuera, que esperara, que tal vez se tomara un tinto conmigo. Lo que fuera para retenerlo a mi lado. Sin embargo, no dije nada, porque alguna parte racional en mí pensó que solo eran ideas. No había lógica en mi miedo, eso creí.

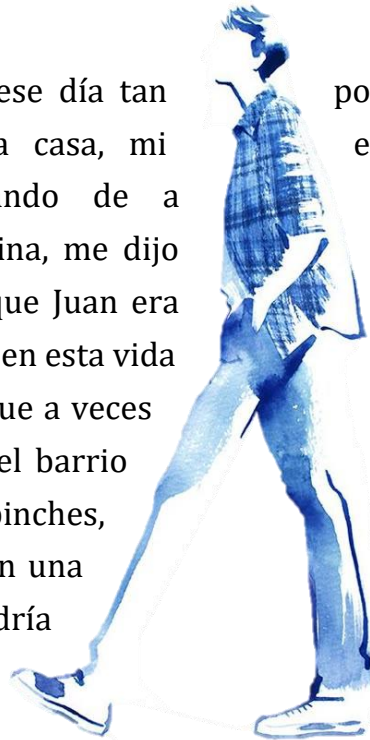
Los recuerdos deberían hacerse borrosos con el pasar del tiempo, probablemente sería lo mejor, pero no para mí. Juan es mi hijo, sus ojos cafés tan profundos aún suelen aparecer en mis sueños. A veces lo veo sonreír, mientras camina entre campos verdes tan llenos de vida. Otras veces, sus

palabras alumbran lo que queda de mi pobre espíritu, porque me dice: *“Mami, tranquila, yo estoy bien, en serio. Usted sabe que odio verla llorar. Ya no se preocupe más por mí”*. Pero cuando le intento responder, mi voz se pierde entre el ruido inexistente, y aunque me diga que no llore, yo soy un mar de lágrimas.

Por eso, cuando ese día tan solitario no llegó a la casa, mi corazón se fue parando de a poquitos. Mi hija, Carolina, me dijo que todo estaría bien, que Juan era muy suertudo, que nada en esta vida lo paraba. Me recordó que a veces se quedaba por ahí en el barrio hablando con sus compinches, que se distraía hasta con una mosca. Que nada podría pasarle, no a él. Yo intenté creerle, aferrarme a la esperanza de verlo entrar por la puerta mientras se reía y me decía que yo me preocupaba mucho. Quise tanto calmarme y esperarlo, pero una parte de mí, la que no entiende de razones, me gritó que lo buscara.


Salí, acompañada de mi marido. Le dije a Carolina que se

quedara en la casa por si él volvía. Me acuerdo de que lo buscamos por todo el barrio, en las casas de sus amigos, también en los lugares que más le gustaban. Pero Juan no aparecía. Era como si este mundo tan inmenso se lo hubiera tragado y, de paso, a mí con él.



Al regresar a nuestra casa, por un momento pensé que lo encontraría sentado en el comedor comiendo una tostada, tomándose ese tinto que no le ofrecí. Pero mi hijo no llegó, ni ese día, ni el siguiente. Vi cómo la esperanza a la que nos aferrábamos todos comenzaba a desvanecerse, como la vida misma. De alguna manera, la idea de que Juan no volvería se esparció por toda la casa. Aquel día, cuando él no regresó, sentí morirme. El mundo ya no me sabía a nada.

Ahora sé que el dolor solamente puede ausentarse por un ratico, para que, en cualquier momento del día, a partir de una foto, una frase, un recuerdo, vuelva con la intensidad tan terrorífica que



contiene la incertidumbre. Yo no sabía nada de mi niño. Constantemente me preguntaba qué estaría haciendo, si pasaba frío, si quizá tenía miedo, pero nadie podía responderme. Una madre sufre con el dolor de aquel que salió de su vientre, quien cuidó durante tantos años y vio crecer. Siento como si el recuerdo de Juan se hubiera quedado detenido en el día que salió de la casa, con las ropas que estaba usando y las últimas palabras que me dijo.

Yo salía, aun así, a buscarlo cada mañana. Recorría los alrededores, a veces salía del barrio. Me quedaba estática viendo a la nada. Había ocasiones en las que veía pasar muchachos parecidos a él, con sus mismos ojos, su mismo pelo, hasta la misma ropa que usaba. Salía corriendo para alcanzarlo, pero cuando llegaba a su lado, solo era otro que se le parecía. No era Juan Esteban. Nunca era él.

Fue así como los meses pasaron, con sus idas y venidas, con la costumbre que estaba matándome poco a poco. Alberto también se veía afectado. Él no solía expresar mucho

sus emociones. Se guardaba todo para sí mismo, pero cuando el tiempo fue pasando sin saber nada de nuestro hijo, fue decayendo cada vez más. Carolina decía que se estaba hundiendo, solo, como siempre lo hacía. Ahí supe que teníamos que permanecer unidos, incluso si ambos estábamos muriendo por dentro. Todavía había una hija que nos necesitaba y, de pronto, un día de estos Juan volvería. Tenía que encontrarnos a los dos, así debía ser. Por eso nos quedamos en este mundo, viviendo con la esperanza de verlo otra vez.

Entonces, veo el tinto frío en mis manos y me quedo embelesada pensando en todo y en nada. Pero un toque en la puerta me saca de mi ensimismamiento. Al abrir, me encuentro con un hombre desconocido, quien dice saber lo que pasó con mi hijo. En ese momento, juro que mi corazón está a punto de detenerse. Él dice ese nombre ya tan conocido para mí: "*Juan Esteban está en Ocaña, en el Norte de Santander*". Las palabras que dice parecen confundirse unas con otras, pero es tan extraño, porque entiendo su contenido, solo que no lo puedo

asumir. Me escucho a mí misma preguntar si está muerto. Le pido al cielo que me diga que no, que Juan está esperándome afuera. Pero el hombre baja la mirada, traga saliva y me rompe la vida en pedacitos irreparables.

— No... lo encontraron en una fosa común. Otro de tantos guerrilleros.

Apenas me dice eso, una rabia empieza a consumir todo lo que queda de mí. No es solamente la fuerte sensación de injusticia que siento tan dentro, es que no puedo creer que me diga tal cosa. Ese hombre me vio a los ojos y me mintió. El enojo se transforma rápidamente en tantas cosas: impotencia, desolación e incluso un naciente sentimiento de venganza. Venganza contra aquellos que mienten sobre mi hijo, aquellos que lo asesinaron.


Me quedo callada, ese hombre también, porque no hay nada que se le pueda decir a una madre luego de

perder a su hijo. Sin embargo, sé que quiero ir a ver a Juan una última vez, para por fin despedirme de él y dejar ir la incertidumbre. Me digo a mí misma que al menos ya no debo seguir buscando. Lo digo, aunque me estoy muriendo de dolor.

Lo próximo que veo son fragmentos de una realidad que ya no percibo como propia. Nos vamos al Norte de Santander, para encontrarnos con los cuerpos inertes de varios muchachos. Mi niño no había sido el único, también les habían arrebatado la esperanza a muchas otras familias.

Caminamos por el desolado cementerio, hasta que lo vimos. Juan Esteban estaba recostado en el suelo, muerto. ¿Qué debo hacer, Dios, si se me va la vida? Las lágrimas inundan mis ojos y ya no logro ver nada. Siento cómo la conciencia se me va y, en el fondo, deseo reunirme con él, si





es que la muerte consigue aliviar mi alma partida en dos.

Cuando regreso en mí, veo a mi marido, quien tiene los ojos rojos de tanto llorar. Y a su lado, Carolina me mira con el corazón roto. Inmediatamente supe que mi familia no volvería a ser la misma. Ahora, nos falta un pedazo de nuestra vida que no lograríamos recuperar jamás, ni aunque pasaran mil años.

Aun así, sacamos fortaleza de ninguna parte y trajimos a Juan a Bogotá. Su ciudad. En el velorio, están sus amigos, que me dan una mirada triste. Los vecinos que nos conocen intentan consolarme, pero nada es suficiente. La tristeza que siento parece adherirse a mi piel, creo que viviré con ella por el resto de mi vida. Me veo caminando por todo el lugar, como un triste

fantasma. A mi mente solo llegan recuerdos de mi hijo, se repiten en bucle e intentan acabar conmigo. De repente, siento como todo el peso del día se queda encima de mis hombros.

Pienso en Juan Esteban, en lo que era él antes de desaparecer, antes de morir. Le gustaba bailar y estar con sus amigos del colegio. Siempre decía que algún día iba a darnos todo. Mi hijo amaba a su familia, disfrutaba de la vida, era feliz. Yo no sé si algún día podremos superar este dolor, no creo que sea posible siquiera. Pero, aun así, deseo intentarlo. Quiero que mi hijo se sienta orgulloso de mí, en donde sea que esté. Deseo que se haga justicia por su muerte y la de tantos otros. Me gustaría ver hacia el futuro. Juan Esteban así lo habría querido.

La mujer que no salió en el periódico

Laura Dannela Villegas

A veces la historia no se rompe con un disparo, sino con el silencio que queda después.

Dicen que las historias importantes de un país solo se escriben en los periódicos. Yo creo que no. Creo que las historias más verdaderas se quedan atrapadas en lugares mucho más pequeños: en una cocina llena de ollas hirviendo emanando olores de una sazón exquisita, de frutas frescas en la mesa de centro, de una mesa de comedor amplia con claveles blancos, en una casa acogedora y hogareña.

Durante muchos años pensé que la historia que voy a contar no le importaría a nadie, pero en realidad quiero hacerlo. Porque no hablaré de presidentes, ni de guerras declaradas, ni de grandes batallas. Hablaré de una mujer, una mujer que limpiaba una casa diariamente vestida de sus colores favoritos, azules, como el cielo. Con zapatos bajos y su melena negra recogida.

Con su color de piel moreno y sus caderas anchas y esbeltas.



Mi madre, la señora Frida Ruiz, mi ángel. Ella nació en un pequeño pueblo del Cauca donde las montañas parecen cerrar el mundo y donde las tardes huelen a café recién tostado y a tierra húmeda. Recuerdo que cuando yo era niña, ella hablaba de ese lugar como si fuera un sueño al que nunca podríamos regresar. Decía que allá el tiempo caminaba despacio y que la gente se conocía por el nombre y por las historias de sus abuelos, pero también decía que la guerra llegó sin anunciarse.

Primero fueron rumores que viajaban de casa en casa como un viento incómodo. Luego aparecieron hombres armados caminando por los senderos del pueblo como si les perteneciera todo y después llegó el

miedo, ese miedo silencioso que hace que la gente deje de hablar en voz alta.

Una noche golpearon la puerta de nuestra casa. No fue un golpe fuerte. Fue peor. Fue un golpe tranquilo, el tipo de golpe que nadie ignora.

— Tienen que irse —dijo una voz.

No dieron explicaciones. No hizo falta. En los pueblos pequeños todos saben cuándo una orden es una sentencia.

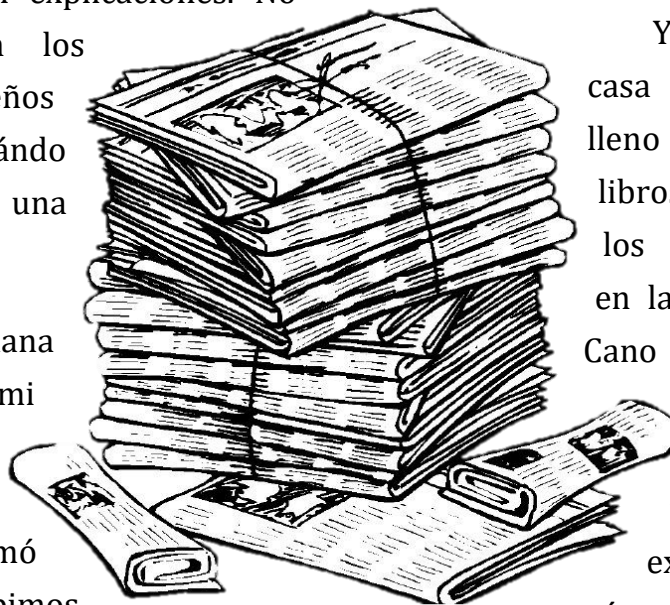
A la mañana siguiente mi madre empacó lo poco que teníamos, me tomó de la mano y subimos a un bus que parecía demasiado grande para nuestras vidas. Yo tenía cuatro años, ella tenía treinta y ninguna de las dos sabía que ese viaje nos iba a cambiar para siempre.


Llegamos a la capital, la que nos recibió con lluvia y frío, un frío distinto al de las montañas, era como vivir dentro de una nevera.

Durante meses mi madre buscó trabajo. Caminó calles que no conocía, preguntó en casas donde nadie la miraba a los ojos y aprendió lo difícil que es empezar de nuevo cuando el mundo ya decidió olvidarse de uno. Hasta que un día alguien le habló de una familia que necesitaba ayuda en su casa y así fue como llegó a la casa del señor Guillermo Cano Isaza y su familia.

Yo recuerdo esa casa como un lugar lleno de libros. Había libros en las mesas, en los estantes, incluso en las sillas. El señor Cano caminaba rápido, siempre con papeles en las manos y con una expresión que

parecía estar pensando en algo que nadie más podía ver. Mi madre decía que tenía ojos de hombre preocupado, pero también decía que era un hombre bueno porque desde el primer día la trató con algo que en Bogotá parecía escaso: respeto.





En esa casa aprendí que las familias no siempre se forman solo con sangre; a veces se forman con los años, con la confianza, con los desayunos compartidos y conversaciones profundas. Con el tiempo comprendí que el señor Cano no era un hombre cualquiera. Dirigía el periódico El Espectador y escribía cosas que a muchas personas poderosas no les gustaba leer. Hablaba del narcotráfico, denunciaba la corrupción, se enfrentaba a hombres que tenían más armas que argumentos. Yo era muy joven para entender completamente lo que eso significaba, pero sí entendía algo: que decir la verdad en Colombia podía ser peligroso.

Pasaron los años, casi 18 años, y mi madre se convirtió en parte de la casa, conocía cada rincón, cada costumbre, cada silencio. Yo crecí allí. Hice tareas en la mesa del comedor mientras escuchaba conversaciones sobre política, justicia y un país que parecía vivir siempre al borde de algo terrible.

Recuerdo una frase que el señor Cano repetía constantemente:

— El periodismo es una forma de defender la dignidad, mi niña.

En ese momento me parecía una frase bonita, ahora sé que también era una sentencia.

El 17 de diciembre de 1986 la ciudad estaba especialmente gris y lluviosa, parecía cubierta por una espesa nube negra. Mi madre estaba en la cocina terminando de limpiar lo que le quedaba, yo había llegado hace poco de la universidad y la esperaba en la sala para irnos a casa, cuando sonó el teléfono. Luego, silencio. Después, un grito ahogado.

La señora Ana María, la esposa del señor Cano, estaba de pie en la sala con el auricular en la mano. Tenía el rostro pálido.

— Lo mataron.

Dos palabras. A veces dos palabras bastan para romper una vida. Habían asesinado al señor Guillermo Cano Isaza frente a la sede de El Espectador. Dos hombres en motocicleta, disparos rápidos, el método que la violencia colombiana perfeccionó durante años.

La casa se llenó de gente en minutos. Vecinos, periodistas, amigos, familiares, todos hablaban en voz baja, como si el dolor fuera algo frágil que pudiera romperse si alguien levanta demasiado la voz. Los hijos lloraban, la señora Ana María parecía caminar dentro de un sueño del que no podía despertar. Y mi madre... Mi madre no lloraba. Preparaba café, buscaba pañuelos, abría puertas, contestaba el teléfono y acompañaba silencios.


Con el tiempo entendí algo. Hay personas que no pueden darse el lujo de romperse cuando ocurre una tragedia porque alguien tiene que sostener el mundo mientras los demás lloran.



Y supe que la violencia en Colombia no es solo una historia de balas, es también una historia de silencios. Silencios de pueblos desplazados, silencios de periodistas asesinados, silencios de familias que aprenden a vivir con una silla vacía en la mesa. Mi madre había huido de la guerra en el Cauca y, sin saberlo, había terminado viviendo otra.

¿Y yo? Yo soy Luz. Una profesora de Historia y cada vez que hablo del conflicto colombiano con mis estudiantes, pienso en todo lo que no aparece en los libros. Porque la historia oficial habla de fechas, nombres y gobiernos, pero casi nunca habla de las mujeres que cargaron el peso de esa historia sin aparecer en los titulares. Las mujeres que limpiaron casas, criaron hijos, sobrevivieron al desplazamiento y siguieron adelante cuando todo parecía roto. Como mi madre.

Gracias a ella y a su fuerte templanza pude estudiar. Pude leer los mismos libros que llenaban los estantes de aquella casa. Pude aprender que la memoria no es solo recordar lo que pasó, sino decidir qué hacemos con ese recuerdo. Mi



madre nunca escribió un libro, nunca dio entrevistas, nunca aprendió a leer, pero me enseñó algo que ningún profesor podría haberme enseñado mejor: que la dignidad puede sobrevivir incluso cuando todo lo demás se rompe.

¿Y mi madre? Con los años su cabello se volvió completamente blanco. Sus manos, las mismas que habían lavado platos durante décadas, comenzaron a moverse más despacio. Cuando finalmente dejó de trabajar, no lo hizo con tristeza. Lo

hizo con una serenidad que solo tienen las personas que saben que han cumplido con la vida.

Murió algunos años después, en una mañana tranquila de Bogotá. No hubo titulares, no hubo discursos. Mi madre no solo había sobrevivido a la violencia de este país: había logrado algo aún más difícil, había criado una vida nueva en medio de ella.

Y por eso hoy cuento esta historia...